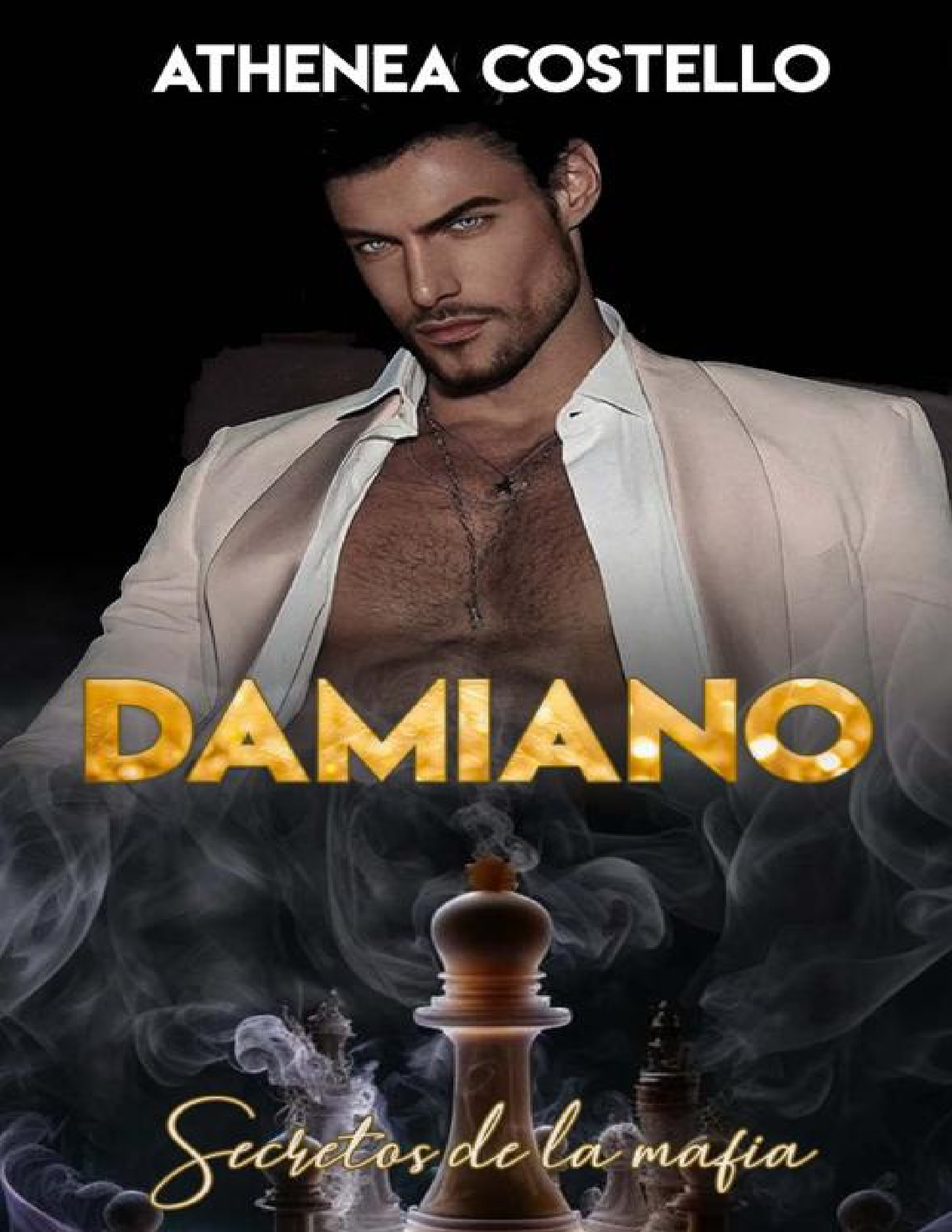
ATHENEA COSTELLO



DAMIANO

Secretos de la mafia

Damiano

Secretos de la mafia

Athenea Costello

Derechos de autor © 2024 Athenea Costello

Todos los derechos reservados

Los personajes y eventos que se presentan en este libro son ficticios. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia y no algo intencionado por parte del autor.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida ni almacenada en un sistema de recuperación, ni transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, o de fotocopia, grabación o de cualquier otro modo, sin el permiso expreso del editor.

Contenido

Página del título
Derechos de autor
Damiano
Capítulo 1- Encuentro
Capítulo 2 – Amenaza
Capítulo 3 – La velada
Capítulo 4 – Medianoche
Capítulo 5 -Frío
Capítulo 6 - El error
Capítulo 7 - Un dulce beso
Capítulo 8 - La venganza
Capítulo 9 - Negocios
Capítulo 10 - Normas
Capítulo 11 – Juego de seducción
Capítulo 12 - Problemas
Capítulo 13 – Decepción
Capítulo 14 - Una noche inolvidable
Capítulo 15 – Calamità
Capítulo 16 - Enamorarse de él
Capítulo 17 – Arrepentimiento
Capítulo 18 - Déjà vu
Capítulo 19 - Promesas
Capítulo 20 – La fuga
Capítulo 21 - Secretos
Capítulo 22 - La hija de Dios

Damiano

Susan Pierce lo tenía todo planeado, olvidar su oscuro pasado e ir a la boda de su primo antes de desaparecer lejos de su ciudad natal.

El único problema es que no esperaba conocer al jefe de una de las redes mafiosas más importantes de Italia:

Damiano Materazzi, un hombre tal letal como atractivo y que la arrastrará a un mundo lleno de peligro, odio y pasión.

Bienvenidos al negocio.

Capítulo 1- Encuentro

La fiesta estaba en su mejor momento; sin embargo, yo no me sentía cómoda en este lugar, solo había asistido para acompañar a mi primo en este día tan especial para él, pero no veía la hora de marchar y dejar todo mi pasado atrás.

De pronto, sentía la presencia de alguien detrás de mí t me volví para descubrir de quién se trataba, no estaba preparada para ver a la persona que se acercaba a mí y todo mi cuerpo comenzó a temblar, mientras mi corazón se aceleraba.

—Lucas —dije débilmente, todavía sorprendida de verlo frente a mí, había escapado de la fiesta, necesitaba un momento a solas—. ¿C-Cómo estás? —tartamudeé.

Me sonrió, con una copa de vino blanco en la mano izquierda, mientras se acercaba a mí, luciendo impecable y apuesto como siempre.

—Susan —dijo, tan sorprendido como yo—. Guau... estás muy bien —Me felicitó mi amigo de la infancia, mientras miraba mi figura.

No pude evitar sonrojarme ante su inspección, hacía mucho que no nos veíamos y ambos habían cambiado para mejor, debía admitirlo.

—Gracias, tú tampoco te ves mal —logré decir con voz temblorosa, su cercanía me descontrolaba.

«Calma, calma, calma» me repetía a mí misma.

Todos nuestros recuerdos volvieron a mi mente como las olas del océano en invierno: repetitivas y asfixiantes, revolcándome con una poderosa fuerza, pero luché contra cada uno, fingiendo una sonrisa.

A pesar del sentimiento de arrepentimiento que me atenazaba el pecho, conseguí controlarme y mantener la charla.

—Umm, supongo que te irás en cuanto termine la boda.

«¡Claro que se va justo después!» pensé.

Intentaba ignorar el hecho de que hacía menos de diez minutos le había visto besar a una de las damas de honor. No soy una persona celosa por naturaleza, pero en ese momento sentí que un fuego ardía dentro de mí. ¡Oh, si yo estuviera en su lugar! pero solo soy «La mejor amiga»

—Sí, tengo trabajo en Río de Janeiro, pero no podía perderme la boda de tu primo, quién sabe, quizás seamos los próximos en casarnos... —respondió riendo.

Me reí falsamente de su broma antes de que se hiciera un pesado silencio entre nosotros. Me miró de esa manera que hacía que me fuese imposible mantenerle la mirada.

—Gracias Susan, por todo. Siempre has estado ahí para mí, eres la mejor —susurró y me acarició el hombro.

Ni siquiera se dio cuenta de mi expresión: una mezcla de afecto y pena. Los ojos empezaban a escocerme y sentí que se formaban lágrimas, pero justo antes de que una de ellas pudiera caer, apareció Sarah.

—Luc, ¿puedo tomar prestada a mi amiga un segundo? —preguntó, él asintió como respuesta—. Gracias.

Sarah me tomó del brazo y me alejó de él, ella sabía lo que había sentido por Lucas desde que era una jovencita y como me afectaba su presencia.

También fue testigo de lo que había visto hacía un instante entre él y la dama de honor, así

que supongo que sabía que me había alejado de la fiesta precisamente para huir esa escena.

—Eso fue horrible de ver —dijo con una sonrisa comprensiva para que no me avergonzara demasiado.

—¿Qué debía hacer? No podía quedarme en ese lugar viendo como él le entregaba a otra lo que yo siempre he deseado —confesé sin vergüenza, no tenía secretos con mi mejor amiga—. Sarah, ni siquiera se acuerda de nuestro beso y, aunque lo recuerde, creo que le da demasiada vergüenza hablar de ello —dije desesperada, Sarah me puso las manos en los hombros y sonrió.

—Tranquila, Susy, ya no sufras más por ese tonto, mira si él no se acuerda de lo que pasó, entonces olvídalo tú también y recuerda que estamos en Roma.

—¿Qué tiene eso que ver estemos en Roma con lo que siento por Luc? —cuestioné, claramente molesta.

Sarah suspiró y puso los ojos en blanco, como si me hubiese perdido de algo evidente.

—Hay montones de chicos, diez veces mejores que Lucas Glover… Y tú, querida amiga, estás rodeada de chicos que parecen modelos de Calvin Klein ¡Por Dios, míralos!

—Pero Cameron es Cameron, es... —intenté explicar lo que él significaba para mí, pues parecía que a mi mejor amiga se le había olvidado.

—Discúlpeme, su padre quiere verla señorita Sarah.

—¿Para qué? —preguntó Sarah a la camarera que había llegado a buscarnos.

—Desea presentarle a la familia Materazzi —respondió y nos hizo una señal con la mano para que la acompañáramos.

Sarah soltó un suspiro porque odiaba que su padre la tratara como una niña, pero sabía que era mejor no negarse cuando le pedía algo. Seguimos a la camarera que nos llevó hasta el patio donde estaban sentados mi tío y sus amigos.

—*Ciao*, chicas.

Leonardo se levantó para saludarnos, desvié la mirada al grupo de hombres en la mesa y debo admitir que me resultaron bastante intimidantes. Sin embargo, forcé una sonrisa y me acerqué.

—*Buongiorno*, tío Leo.

Me sonrió y me pasó una mano por los hombros, un gesto cariñoso que me llenó de seguridad, pues era como una barrera entre los hombres de la mesa y yo.

—Quería presentarte a la familia Materazzi, son viejos amigos míos.

Un hombre, el más viejo de la sala, se puso de pie y me miró a los ojos.

—Antonio Materazzi, encantado de conocerte —dijo, extendiéndole la mano con una sonrisa que llegaba sus ojos—. Estos son mis hijos Damiano, Dante y Adriano. Ah, y esta encantadora joven es mi nuera, Natalia —dijo señalándolos a cada uno.

Yo apenas pude echarles un vistazo, había algo en ellos que me ponía nerviosa; sobre todo, en el joven sentado junto al anciano, que suponía era el hijo mayor. Sin embargo, logré disimular mi turbación mientras les extendía la mano, sonriendo amablemente y me presenté.

—Encantada, Susan Pierce.

—Hija de Carlton y Dakota Pierce —me cortó uno de los hijos.

Llevaba un esmoquin clásico y sus ojos me miraban de arriba abajo con absoluto descaro. De inmediato me invadió una ola de escalofríos, pero luché por mostrarse relajada, aunque no era sencillo hacerlo bajo su intensa mirada.

—Tu padre es un muy buen médico y tu madre… creo que es mejor no hablar de ella, lo que hizo fue demasiado estúpido para siquiera comentarlo —continuó con tono grosero.

—¿Cómo dice? —Me sorprendió su desdén al hablar de mis padres—. ¿Cómo se atreve a

hablarme así?

—¿Eres como ellos? —preguntó fríamente.

—Damiano —le regañó su padre—. Te vas a calmar o te juro que... —amenazó a su hijo.

Mi cuerpo se contrajo al mencionar a mis padres. Hacía años que no veía a mi madre y nunca pude olvidar lo que le hizo a mi padre.

Sin embargo, alguien que ni siquiera conozco habla de ellos como si fuera un tema asequible. Mis labios empezaron a temblar y la copa en mi mano también.

—¡No! La última vez que un Pierce estuvo aquí, alguien terminó en el hospital. Eso no va a volver a ocurrir —gritó Damiano con el ceño fruncido y luego volvió su oscura mirada hacia mí —. ¿Y entonces? ¿Eres como ellos?

—Susan, vamos. No tienes que quedarte aquí —dijo mi tío, claramente molesto por la actitud de Damiano, me agarró del brazo, pero antes de irnos miró al patriarca—. Antonio, será mejor que controles el temperamento de tu hijo.

—No soy un niño al que puedan controlar. Y en todo caso, la pregunta aquí sería, ¿qué tan loca estará ella?

Miré con odio al mayor de los hermanos Materazzi.

—¡Vete al infierno! —grité soltándome del agarre.

Di un paso hacía ese imbécil, dispuesta a cobrarme su ofensa. Una sonrisa arrogante se dibujó en su rostro, probablemente pensó que no tendría el valor de hacer algo.

Pues se equivocaba, le tiré la copa de vino a la cara; su camisa blanca estaba ahora cubierta de vino tinto, y en ese momento sonreí con satisfacción.

—Para responder a tu pregunta... Sí, estoy tan loca como mi madre —dije y le lancé una última mirada que le advertía que no se metiera conmigo o le iría muy mal.

Capítulo 2 – Amenaza

Observé la puesta de sol, recostada en una de las tumbonas bajo una hilera de árboles que bailaba con la suave brisa, mientras el olor de las orquídeas flotaba en el aire, provocando en mí una sensación de añoranza. Tenía una copa en una mano, una botella de vino en la otra; mientras intentaba ahogar mis pensamientos.

«¿Cómo podía saber sobre mis padres?» Me repetía, esperando una respuesta concreta.

Cerré los ojos y suspiré mientras negaba con la cabeza, no tenía caso atormentarme con esas cosas; había decidido dejar mi pasado atrás y comenzar de nuevo en un lugar lejos de todos, donde nadie me conociera, solo estaba aquí por mi primo, pero mañana me marcharía. Inspiré para llenar mis pulmones del dulce aroma de las orquídeas, pero el que llegó hasta mi nariz fue el intenso olor del vino, enseguida un presentimiento se apoderó de mi pecho, abrir los ojos y él estaba de pie frente a mí.

—Tú —dije, molesta.

De inmediato me incorporé para estar a su altura, aunque ahora viéndolo de pie ante mí, pude apreciarlo en toda su grandeza, realmente era intimidante, hermoso y debía admitirlo: aterrador.

—Sí… yo —respondió, arrogante.

—¿Qué quieres? —pregunté a la defensiva.

Una sonrisa maliciosa se dibujó en su rostro y dio un par de pasos para acercarse a mí, lo que me hizo retroceder y me maldije internamente por demostrarle que podía intimidarme, pero rápidamente me recompuse.

—No creo que hayamos terminado nuestra discusión todavía —respondió como si lo anterior no hubiera pasado.

«¿Hablas en serio, chico de la pasta?» pensé, mirándolo con desconfianza.

—Damiano Materazzi, encantado de conocerte.

Arqueé una ceja y permanecí en silencio, aunque una voz en mi cabeza me decía que no le echara una copa, sino toda la botella de vino.

Después de unos segundos de mirarnos, finalmente, separó sus labios, unos sensuales y carnosos labios, que atrajeron mi atención.

—Supongo que tu silencio significa que estás confundida o simplemente... asustada.

—¿Qué haces aquí? ¿Me has seguido? Por cierto, te ves muy guapo con todo ese alcohol encima.

—¿Eso crees? —preguntó con los dientes apretados. Cada vez se acercaba más a mí y sus ojos se oscurecieron ligeramente, al ver que esta vez no retrocedía; por el contrario, me mantuve en una postura altanera—. Soy una persona muy importante, Susan, así que te aconsejo que me hables de otra manera, no te he buscado para que me trates así —dijo en un tono intimidatorio.

—Nunca te dije que me tutearas… ¿Y para qué me buscaste entonces? —Apenas tuve tiempo de respirar cuando me apretó contra uno de los árboles y acercó su boca hasta mi oreja, provocándome un escalofrío.

—Te he buscado para el segundo asalto. —Me puso la mano en la boca justo cuando estaba a punto de gritar y me dijo—: ¿Eso es todo lo que tienes? Debo admitir que estoy un poco decepcionado.

Conseguí levantar el brazo para darle un puñetazo y luego un rodillazo en la entrepierna. Cayó de rodillas y le levanté el brazo, amenazando con romperlo si se atrevía a moverse. Gracias a Dios hice artes marciales hasta los dieciséis años.

—¿Qué decías, Materazzi? —pregunté sintiéndome vencedora.

—Voy a matarte —me respondió con tanta rabia, con tanto odio, que casi me pongo a temblar.

Me agarró de la muñeca y en pocos segundos estaba encima de mí. El muy miserable me había tumbado bocabajo y empujó mi cabeza contra el suelo. Forcejeé para liberarme, pero Materazzi no me dio tregua y me presionó con tanta fuerza que no pude evitar soltar un gruñido.

—No te distraigas, es la regla número uno, bajaste la guardia y eso aumentó las posibilidades de que te derribara, ahora me daré el gusto de cumplir mi promesa.

Se levantó y yo me arrastré hacia atrás por reflejo, pero entonces me apuntó con su pistola. Mis músculos se tensaron, mis ojos se abrieron de par en par y los latidos de mi corazón aumentaron en cuestión de un segundo.

—No te atreverías —dije intentando parecer calmada, pero todo mi cuerpo ya se cubría de un sudor frío y pegajoso—. No me harías daño —dije de nuevo y esta vez mi voz no sonó tan firme.

Sin embargo, él sonrió fríamente, anunciándome sin palabras que estaba equivocada, realmente era capaz de acabar con mi vida en ese momento.

—Oh, sí que lo haría, gatita. —Cargó la pistola y me la puso en la cabeza, luego me susurró —: Cierra los ojos, cariño. Tienes un largo viaje por delante.

—¿Qué haces ahora, Damiano? ¡Por un demonio! ¡Suelta a la pobre chica, maldita sea!

Solté el aire que estaba conteniendo, pero no me atreví a abrir los ojos.

—No te metas en esto, Hank.

—Tenemos que hablar de negocios, así que suelta a la chica y ven —respondió el desconocido.

—Aún no acabo contigo, quédate callada y quieta, si veo que intentas huir, te dispararé —me dijo Damiano.

Asentí para confirmarle que lo obedecería, cuando abrí los ojos, el hombre que acababa de salvarme de ese cabrón de Materazzi, me sonrió e hizo un gesto que se tradujo en «Ven y siéntate» Lo hice con mucho cuidado, aunque estaba temblando, intenté no dejarlo ver, debía mantener la calma y arrebatarle el arma a Damiano, solo así conseguiría escapar de ese maniático italiano.

—Susan Pierce —dije, extendiendo mi mano, que por suerte se mostró firme.

—Lo sé, vi todo el espectáculo que hicieron ustedes dos en la mesa hace un momento. —Se rio, cuando fruncí el ceño y luego añadió—. Soy Hank Bulgari, por cierto.

—¡Basta de esta mierda Hank! —vociferó Damiano, mirándolo con resentimiento—. Habla de una vez y vete para que siga en lo que estaba.

—Está bien… está bien, controla tu puto mal humor, lo que tenemos que hablar es importante, deberías dejarla que se marchara —dijo mirándome de reojo.

—No se irá a ningún lado, todavía no acabo con ella.

—*Bene* —dijo con una sonrisa condescendiente.

Desde ese momento llevaron la conversación en italiano, para excluirme de la misma, pero pude entender que estaban hablando de trabajo. Damiano recibió una llamada telefónica y se alejó, era evidente que no confiaba en mí.

Volvió unos minutos después y me miró directamente a los ojos, luego paseó su mirada por

mi rostro y mi figura, como si estuviera evaluándome.

—¿Quieres vivir? —Asentí enérgicamente y él añadió—: Entonces, harás algo para mí.

—¿Qué quieres? —pregunté con desconfianza.

—El jueves por la noche la familia Basaglia dará un banquete. Necesito una acompañante, así que...

—¿Así qué? —pregunté y el presentimiento hizo que un agujero se me formara en el estómago.

—Serás su prometida por una noche —terminó Hank con una sonrisa.

Capítulo 3 – La velada

Abrí mis ojos con asombro y clavé la mirada en ese italiano arrogante, ni loca me prestaría para que me usara como la fachada de su novia. Mucho menos, después de que estuvo a punto de matarme.

—De ninguna manera —exclamé levantándome.

—Realmente no tienes opción —dijo Damiano fríamente,

—No haré eso —respondí, tajante.

Él dio un paso adelante, lo que hizo que yo por reflejo, retrocediera, eso le hizo sonreír con satisfacción.

—Escúchame, estás lejos de estar en una posición de fuerza, así que te sugiero que cierres tu linda boquita y me obedezcas, antes de que yo…

—Tómalo con calma, Damiano —interrumpió Hank.

—Si acepto ir a este banquete contigo, promete que me dejarás ir —exigí mirándolo a los ojos.

—Es un trato. A medianoche en punto, dejaré de existir para ti —dijo con una voz tan ronca y sensual, que casi me arrepiento de haberle pedido que se fuera esa noche.

◆◆◆

Eran las 7 de la tarde y por fin estaba lista. Una joven me había traído unas horas antes un elegante vestido negro, que Damiano había enviado, era realmente hermoso, así que me lo puse con entusiasmo.

Bajé a la primera planta donde me esperaba Damiano y por su postura, puede ver que estaba algo impaciente. Él llevaba un traje negro, combinado con una camisa y una corbata negras, también. Pensé que todo era negro... Como su alma; es decir, si tiene una.

Parecía vagamente sorprendido cuando me miró. Su vista me recorrió de pies a cabeza, deteniéndose un segundo en el pronunciado escote del vestido. Para mi asombro, lo vi sonreír.

—¿Nos vamos? —me preguntó tornándose serio de nuevo, tal vez al ver que le di una mirada de arrogancia, pues sabía que era una mujer atractiva.

Asentí con la cabeza, y debo admitir que me sentí un poco decepcionada de que no me hubiera felicitado y que ni siquiera tuviera la cortesía de ofrecerme su brazo. Pero, al mismo tiempo, no podía esperar mucho de él.

Salimos de la casa y él señala un Ferrari negro, al parecer ese es su color favorito. Esta vez sí tiene el gesto de abrirme la puerta, subo y me relajo en el suave asiento de cuero.

De inmediato mi olfato se llena del perfume de Damiano, debo admitir que es realmente exquisito. Él camina con toda su elegancia por delante del auto, echándome un vistazo, lo que provoca que me sonroje, pues me descubre mirándolo.

—¿Recuerdas lo que debes hacer? —me pregunta, mirándome de solazo.

—Por supuesto, no es algo tan difícil —digo con arrogancia y luego me vuelvo para ver por la ventana.

—Bien, gatita. —Gira la llave y el poderoso motor del Ferrari cobra vida.

Tomamos la vía hacia Lazio y mi estómago se hunde al saber que nos alejamos de Roma;

no conozco esta zona, así que debo estar alertar, no puedo fiarme de este hombre, tengo que recordar que es un peligroso mafioso.

Tras unos minutos de viaje, veo que nos acercamos a nuestro destino. En lo alto de una colina, se erige un castillo de la época medieval, tiene grandes ventanales y sus paredes estaban cubiertas por la hierba y algunas flores.

Me resulta hermoso y eso me distrae por un momento, de la situación en la que me encuentro; suspiro y eso parece atraer la atención de mi acompañante, porque me dedica una mirada de recelo.

—¿Has estado aquí antes? —pregunta con tono serio.

—No, nunca lo he visitado, pero me parece hermoso —respondo sin darle importancia a su actitud hosca.

—Tendrás tiempo para recorrerlo —me dice mientras detiene el auto a un par de metros de la entrada.

—¿Sucede algo? —preguntó, tensándome.

Damiano no responde a mi pregunta; mete la mano en su chaqueta y yo me echo hacia atrás, creyendo que sacará un arma. En lugar de eso, me entrega una pequeña caja forrada en terciopelo negro.

—¿Qué es esto? —Frunzo el ceño y lo miro confundida.

—Tu anillo —Me muestra un hermoso anillo de oro blanco con diamante y rubíes—. Estamos comprometidos, ¿recuerdas? —explica con una sonrisa torcida.

Afirmo con la cabeza y me pongo el anillo, es verdaderamente hermoso y se siente bien en mi dedo. Qué lástima que tenga que regresarlo a medianoche.

Damiano pone el auto en marcha de nuevo, se detiene frente a la hermosa fachada iluminada con antorchas, que le da un aspecto cálido y romántico al lugar.

Él baja del auto y camina para abrirme la puerta; mi mano tiembla un poco cuando se apoya en la suya y nuestras miradas se encuentran, por un segundo.

—¿Está nerviosa, señorita Pierce? —pregunta con una sonrisa torcida.

—En lo absoluto —digo y enderezo mi cuerpo para parecer más confiada.

Él sonríe al tiempo que me ofrece el brazo, lo recibo y caminamos hacia la entrada. Una mujer alta, de cabello oscuro y con ojos azules, sale a nuestro encuentro.

—Señor Materazzi, es un placer tenerle con nosotros.

—Señora Basaglia, el placer es compartido. Le presento a mi prometida, Susan.

—Encantada de conocerla, señora Basaglia —digo lo más educadamente posible.

—Lo mismo digo, querida —responde con una sonrisa antes de llevarnos al interior.

Sentí que el brazo de Damiano me rodeaba la cintura e hice lo posible por no temblar; sin embargo, a pesar de mi intento de mantener la calma, me estremecí.

Le miré de reojo para saber si había notado mi reacción y, efectivamente, lo había hecho, la sonrisa arrogante en sus labios era muestra de ello.

Capítulo 4 – Medianoche

Entramos al gran salón, que seguía el mismo estilo de la construcción, aunque un tanto más moderno y lujoso. Lo primero que atrajo mi atención fue el enorme candelabro negro que colgaba del techo. Parecía ser de la época en que fue construido el castillo, pues seguían usando velas, lo que me pareció bastante original, aunque también le daba un aspecto algo tétrico a ese lugar.

—Vas a tropezar o acabarás con torticolis como sigas mirando hacia arriba —me retó Damiano, lo que me hizo sonrojarme como si fuese una niña.

—Solo miraba el candelabro, me parece hermoso.

—Es una cosa vieja y fea, concéntrate en lo que has venido hacer —dijo con rudeza, aunque sonreía.

Apretó mi cadera con un toque posesivo y me pegó a él de tal manera, que una vez más me hizo temblar. Desvié mi mirada para reclamarle, pero él parecía tenso y tenía la mirada clavada en un hombre al otro lado del salón.

Su tez era morena, su contextura fornida se podía apreciar incluso debajo del elegante traje que vestía, tenía el cabello y los ojos oscuros, una barba cerrada y por sus rasgos parecía ser de algún país árabe; pero lo realmente atrajo mi atención, era que me miraba como si quisiera desnudarme.

—¿Quién es ese hombre? —pregunto, tensándome.

—Nadie. —Damiano me respondió de mala gana.

Luego tiró de mí hacía un grupo de personas que charlaban animadamente y se volvieron a mirarlos cuando sintieron nuestra presencia.

Él me presentó con sus «colegas» es decir, las familias mafiosas con las que había creado alianzas. Me sorprendí por el cambio que mostró, delante de ellos era un hombre agradable, con ingenio y hasta sonrió un par de veces.

Después de un rato, llegó un hombre que atrajo las miradas de todos, tenía un aura misteriosa que me provocó algo de temor. De inmediato comencé a ver que algunos de los hombres en el grupo con el que compartíamos, se hacían unas señas.

Damiano se volvió hacia mí y me susurró que podía pasear por la propiedad, pero que ni se me ocurriera marcharme sin él. Asentí mirándolo a los ojos, cumpliría con mi parte del trato si con eso lograba librarme de él para siempre y seguir con mis planes.

Con una copa de champán en la mano, empecé a pasear por el jardín interior, que era similar a los jardines trazados por los otomanos en Andalucía varios siglos antes. Una fuente de agua en el centro, bancos a su alrededor y las estrellas que salpican el oscuro cielo, me hicieron entrar en un estado de paz absoluta.

Le di un gran sorbo a mi copa y luego suspiré, por alguna extraña razón me sentí segura en ese momento; tal vez porque el hombre que me chantajeaba y los otros mafiosos estaban reunidos en algún lugar de ese castillo, lejos de mí. Sin embargo, no pasó mucho, hasta que una voz irrumpió en el apacible silencio; era una voz suave, pero al mismo tiempo fuerte.

—*Erit in mille argenteos… Est tamen ibi, lunam in aqua!*

Sentí que los latidos de mi corazón se triplicaban, que se me hacía un nudo en la garganta, las piernas me temblaban y que me ardía la piel. Entonces me giré, lo vi.

Salió de las sombras, acompañado de aquella luz oscura que caía de las estrellas, su voz hechizante era sólo un aspecto de sí mismo; sus ojos eran hechizantes y su cuerpo, como el de Aquiles, parecía tallado en mármol. Ni siquiera lo conocía; sin embargo, despertaba tanto en mí: miedo, rabia… deseo...

—Damiano —susurré e intenté esconderle mis emociones.

—Es un poema en latín —me explicó, y como no reaccioné, continuó—: *Aunque sea en mil pedazos… Siempre está presente, la luna en el agua* —tradujo.

No sabía qué decir, ¿debía sonreír o permanecer indiferente? Eso no parecía importarle a él, que admiraba las estrellas. Hice lo mismo, miré esos cúmulos de gas perdidos en la galaxia, que desde aquí parecían tan hermosos, tan puros.

Sentí una corriente vibrar entre los dos, algo que parecía atraernos con fuerza; sin embargo, ninguno se movió un centímetro del lugar donde estaba. Me desconcertaba la oscura atracción que empezaba a sentir hacia este hombre, algo que no debería pasar pues desde todo punto de vista estaba mal.

De pronto, él se puso delante de mí y me vio con tanta intensidad que mi mirada irremediablemente fue atrapada en un hechizo. Se acercó un poco más y contuve el aliento, mientras sentía que las rodillas se me aflojaban y que el corazón se me desbocaba.

Juro que estaba deseando besarme, su mirada me lo gritaba, y si yo tuviese la sensatez de siempre, daría un paso hacia atrás y me alejaría de él, pero en ese momento no era dueña de mi cuerpo; o si era sincera, también estaba deseando sentir sus gruesos labios sobre los míos.

—Tenemos que irnos, ya hemos acabado aquí.

—¿Cómo? —pregunté con la voz enronquecida por el deseo que él había despertado en mí.

—Ya es medianoche —respondió y se alejó.

Me sentí tan desconcertada, que solo pude parpadear como una tonta. Ciertamente no esperaba que hiciera eso, sino que me besara, pero él solo me entregó una sonrisa arrogante y eso me enfureció tanto que aparté la mirada de su odioso y atractivo rostro.

—Al fin podré libarme de ti —siseé y lo golpeé con el hombro cuando pasé a su lado para salir de ese lugar.

Entré al gran salón, descargando en cada paso mi frustración y mi rabia, casi tropecé con uno de los camareros; pero por suerte logré mantenerme en pie, gracias al agarre de Damiano en mi antebrazo.

Ese toque hizo que la electricidad que antes vibró entre los dos recorriera cada centímetro de mi cuerpo y me sentí abrumada.

«¿Qué había sucedido en ese jardín? ¿Qué había cambiado entre él y yo?» me pregunté alejando su brazo de su toque, como si me quemara. Al parecer él también lo había sentido, porque me miró extrañado, como si fuese otra mujer y no a la que había amenazado con matarla.

Subimos al auto y todo el trayecto lo hicimos en completo silencio. Yo estaba demasiado ocupada intentando descifrar qué era eso que Damiano Materazzi me estaba haciendo sentir. Y él seguramente estaría pensando en alguno de sus negocios.

Cuando llegamos, ni siquiera se bajó del auto, solo estacionó y se quedó allí a la espera de que yo saliera. Me desabroché el cinturón con movimientos bruscos y me volví para bajar del auto; pero antes de hacerlo, sentí que me tomaba del brazo una vez más y todo mi cuerpo se estremeció, llenándose una vez más de expectativas.

—Cuídate, gatita —susurró soltando el agarre en una lenta caricia que erizó toda mi piel.

—Espero no verte nunca más, Damiano Materazzi —dije abriendo la portezuela y bajé.

—Y yo empiezo a desear que nunca me hubiese pedido que te dejara, Susan Pierce.

Lo miré con odio porque sabía que se estaba burlando de mí, lancé la puerta del auto y me alejé dispuesta a olvidarme de ese arrogante italiano.

Capítulo 5 -Frío

Hacía tres meses que no veía a Damiano, había cumplido con su palabra y desapareció de mi vida como si nunca hubiera existido. Sin embargo, yo no conseguía dejar de pensar en la velada que habíamos pasado juntos, y, sobre todo, en ese encuentro en el jardín, cuando estuvimos a punto de besarnos o en lo último que me dijo.

Moví la cabeza y me obligué a dejar de pensar en ello, no serviría de nada, él seguramente se estaba burlando de mí. Era un imbécil, arrogante y yo no sería otra más de sus conquistas, sentencié apretando mis labios.

Estaba sentada en una de las mesas de la que se había convertido en mi cafetería favorita: *Tisserie*, era un pequeño y cálido, que estaba muy cerca del Central Park. Me había mudado a Nueva York luego de la boda de mi primo. Necesitaba darle un rumbo distinto a mi vida y esta ciudad me brindaba la oportunidad perfecta para hacerlo.

Terminé mi cappuccino y salí del local; de inmediato, el frío viento invernal me envolvió desordenando mi cabello que llevaba suelto. Aunque la temperatura no era la más agradable, decidí dar un paseo antes de volver a casa.

A pesar de llevar meses en la ciudad, aún no me orientaba del todo, seguía confundiendo los nombres de las calles y las avenidas. Por eso no me alejaba del centro de Manhattan, ya que temía perderme o lo que sería peor, terminar en manos de algunos delincuentes.

Echaba de menos a Sara; claro, me llamaba a menudo, pero seguía sintiendo la falta. Ambas evitamos hablar de Lucas, pues era algo que me seguía lastimando, aunque sé que ya debería super lo que siento por él, no es algo que pueda hacer de la noche a la mañana. Por ir perdida en mis pensamientos tropecé con una niña y de inmediato se sentía muy apenada.

—Lo siento mucho —dije mirándola.

—Está bien, señora. —Ella me miró y sonrió.

Un hombre caminó de prisa hasta nosotras, seguramente se trataba de su padre porque la sujetó por los hombros para comprobar que estaba bien. Luego levantó la mirada hacía mí y en cuanto lo vi me quedé congelada, el corazón se le aceleró y las piernas empezaron a temblarme, y me sentí atrapada por su intensa mirada.

—Susan —dijo, parpadeando sorprendido.

Yo no podía moverme ni respirar o tan siquiera pensar. Él estaba justo delante de mí; y todo fue como si esos tres meses que habían trascurrido desde que nos dejamos, no hubiesen pasado. Seguía estando igual de guapo a como lo recordaba, con ese color tostado de su piel, su abundante cabello negro y su intensa mirada oscura.

—¿En- Damiano? —tartamudeé y eso me hizo sonrojarme, por lo que esquivé su mirada y agradecí que el viento se removiera el cabello y este me cubriera el rostro.

—Veo que aún me tienes miedo. —Su sonrisa arrogante se extendió por su cara.

—No te confíes, nunca me has asustado —respondí, con una sonrisa en la cara, queriendo mostrarme tan segura como él, aunque por dentro temblaba.

Se limitó a corresponder mi sonrisa y luego dirigió su atención a la niña que estaba a su lado.

—Ve con tu mamá, cariño.

«¿La conocía? No podía ser su hija, ¿verdad?» Creo que Damiano notó mi expresión de

confusión, porque se apresuró a explicarme la relación entre ellos dos.

—Ella es Emily, la hija de Hank.

—Oh... Es adorable —sonreí, aunque todavía estaba un poco confundida por los pensamientos que habían invadido mi ser. No debería importarme si él tenía una hija o estaba casado, ¿o sí?

—Bueno...—dijo mirándome con la misma intensidad y curiosidad que había mostrado antes.

—Creo que me iré —respondí, arreglando mi cabello con un breve movimiento de la mano

—¡No! —exclamó—. Quiero decir, quédate, por favor, me gustaría charlar contigo —dijo y yo elevé una ceja, mirándolo con desconfianza—. Sé que no nos separamos en buenos términos, pero te lo debo. Cena conmigo esta noche, te prometo que no te arrepentirás.

No podía negar que esa propuesta me resultaba tentadora; sobre todo, porque la curiosidad que sentía por él era quizá lo que no me dejaba olvidarlo. Bajé la mirada y me mordí el labio inferior, un poco indecisa porque no quería mostrarme interesada en él, pero al final, respondí intentando sonar casual.

—De acuerdo, puedes recogerme en mi casa a las siete. —Saqué una libreta y una pluma que llevaba en mi bolso, anoté la dirección lo mejor que pude, a pesar de mi mano temblorosa y se la extendí.

Sonrió y pude ver que estuvo a punto de decir algo más, pero yo ya empezaba a alejarme. Sin embargo, no pude evitar la tentación de pincharlo, me giré y lo detuve.

—¿Y Damiano?

—¿Sí? —preguntó y me miró expectante.

—No llegues tarde si no quieres acabar con otra camisa manchada —dije con una sonrisa socarrona antes de seguir mi camino.

Capítulo 6 - El error

Algunas personas toman el mismo camino que nosotros y cuando las conocemos ni siquiera imaginamos el gran impacto que tendrán en nuestras vidas. Pero a veces estas personas deciden tomar un camino diferente, pero no importa lo lejos que estén, o si se han mudado, o si simplemente te han olvidado, algunas personas están destinadas a quedarse. Así que se encuentran y es como un hecho, siempre serán parte de su vida.

No puedo decir si Damiano fue un hecho o solo un error. Pero de lo que estoy segura es de que probablemente iba a llegar tarde si seguía pensando así.

El timbre de la puerta sonó, obligándome a enfocarme en el momento. Eché un último vistazo a mi reflejo en el espejo, arreglando mi atuendo y mi cabello, luego inspiré hondo y cerré los ojos para calmarme.

Me dirigí a la puerta y la abrí, él estaba ante mí en toda su grandeza. Llevaba un traje beige con camisa blanca, sin corbata y la abertura dejaba ver su musculoso pecho. Estaba a punto de saludarlo cuando me cortó.

—¿Cuánto tiempo más vas a mirarme? —dijo con esa odiosa sonrisa en su cara.

Hice lo mejor que pude para no sonrojarme y recomponerme, aunque suponía que ya le había dejado claro con mi inspección, que él me resultaba atractivo.

—Vamos, puede que lleguemos tarde.

Puso los ojos en blanco y me abrió la puerta de su Cadillac negro. Una vez que arrancó el coche, el viaje fue silencioso. Estaba demasiado perdida en mis pensamientos como para poder mantener una conversación normal.

Aparcó frente a un restaurante de lujo, bajó y vino a abrirme la puerta, como había hecho antes. Eligió una mesa para dos que estaba junto al ventanal que tenía una vista maravillosa de la bahía y el puente.

—Entonces, ¿qué te trae a Nueva York? —preguntó Damiano, sacándonos del silencio.

—Oh, quería un nuevo comiDamiano, un cambio de escenario… La verdad, es que nunca me gustó la ciudad en la que crecí, era como una pequeña caja en la que todos éramos prisioneros. Aquí me siento libre y anónima —respondí, mientras mis ojos escudriñaban el paisaje.

—Lo entiendo, es bueno tener un cambio a veces— dijo con una sonrisa encantadora.

Era como si el bastardo que había conocido en Roma hubiera desaparecido y un caballero lo hubiera sustituido.

—¿Y tú? ¿Qué haces aquí? —pregunté interesada.

—En realidad, vivo aquí. Me mudé anteayer, aunque será temporal. Es por... negocios —respondió con suspicacia.

Asentí y el camarero vino a tomar nuestros pedidos, él me sugirió la especialidad de la casa y yo seguí su consejo; después de todo, parecía ser un cliente frente de ese lugar. Nuestra conversación continuó y a medida que pasaban los minutos, mi vergüenza desapareció, ya no me costaba expresarme cerca de él y pude notar que él se mostraba más amable y relajado, lo que me sorprendió.

—Gracias por sugerirme este platillo, está muy bueno —dije mientras daba el primer bocado a mi plato.

—Es la especialidad de la casa. —Sonrió Damiano antes de continuar—. Sabes, sé…

Dejó de hablar cuando un hombre vestido con un traje caro nos interrumpió. Una mirada confusa apareció en mi cara, al ver que Damiano se ponía de pie y abrazaba al hombre con verdadero entusiasmo.

—¡*Alfredo! Amico mio, è bello vederti* —dijo Damiano.

—*Il piacere è condiviso* —respondió el hombre llamado 'Alfredo'.

Luego se dirigió a mí con una sonrisa, me miró con tanto interés, que me puso incómoda. Sin embargo, mantuve una actitud educada.

—Alfredo Basaglia, encantado de conocerle. Supongo que eres la prometida de mi querido Damiano —dijo con un acento italiano muy marcado

Y fue entonces cuando recordé todo. El banquete al que había ido con Damiano, ese hombre fue el organizador de la fiesta, pero esa vez no nos presentaron, solo conocí a la esposa. Por eso cree que soy la prometida de Damiano.

—Susan Pierce, aunque espero ser Susan Materazzi, muy pronto. Encantada de conocerle por fin, señor Basaglia —le contesté, decidí jugar el juego.

Alfredo acabó cenando con nosotros, él y Damiano estuvieron hablando y, por supuesto, me sentí excluida, pero me limité a asentir y a sonreír de vez en cuando, comportándome como la propia chica trofeo.

La velada terminó y yo me despedí del hombre con una gran sonrisa, siguiendo mi papel de la perfecta prometida. Salimos del restaurante y estaba deseosa de reclamarle por lo que había sucedido, pero esperé a que estuviéramos en el coche para no dar un espectáculo.

—¿Acaso tu amigo no sabe que es de mala educación aparecerse así y meterse en las conversaciones de los demás? —dije, claramente irritada.

Damiano murmuró algo en voz baja, pero yo estaba tan enfrascada en quejarme que ni siquiera le presté atención.

—¡Es que fue tan grosero! Te juro que estuve cerca de pedirle que se fuera, ¿Cómo no se dio cuenta de que estaba interrumpiendo una cena que se suponía era de pareja?

—Susan, cálmate. No sabía que se iba a quedar toda la noche —intentó tranquilizarme.

—Te juro que la próxima vez... Espera, ¿qué quieres decir con que no sabías que se iba a quedar toda la noche? —pregunté, frunciendo el ceño.

No contestó y me esquivó la mirada, lo que me dio a entender que ese encuentro no había sido casual; sin embargo, necesitaba preguntárselo.

—Damiano, no me digas que...—empecé.

Bajó la cabeza, avergonzado, pero tenía el ceño fruncido, como si realmente le molestara que le estuviese haciendo esos reclamos. ¡Realmente era un imbécil!

—¡Lo sabías! Sabías que iba a venir. Por eso me invitaste, no era porque quisieras que te perdonara sino para que que Alfredo Basaglia por fin conociera a tu supuesta prometida —le reproché, alterada.

«Soy estúpida, estúpida, estúpida. Soy tan estúpida. ¿Cómo pude creer por un segundo que era sincero?»

—Susan, escucha… sí, me aproveché de esta casualidad, pero dame una segunda oportunidad…

—¡No! No, cállate, no hables. Solo déjame en mi casa y no vuelvas a buscarme —le corté bruscamente.

Él intentó hablar de nuevo, pero me volví hacia la ventanilla y me dediqué a ignorarlo, no me dejaría engatusar de nuevo por ese mentiroso profesional. Llegamos al edificio donde vivía,

él apagó el motor y se volvió hacia mí, era evidente que deseaba hablar lo sucedido, pero ya yo había tomado una decisión, no dejaría que volviera a utilizarme.

—Susan —susurró extendiendo su mano hacia mí.

—No —Le advertí deteniéndolo antes de que pudiera tocarme—. Creo en las segundas oportunidades, solo que no creo que te merezcas una, Damiano, así que no vuelvas a buscarme —dije y luego salí, di un portazo y me fui, sin siquiera una última mirada.

Algunas personas están destinadas a quedarse. Así que nos encontramos de nuevo y es como un hecho, siempre formarán parte de nuestras vidas. Hace unas horas, me preguntaba si Damiano era una prueba o un error.

Ahora me doy cuenta de que no me importa la respuesta porque ya no existe para mí.

Capítulo 7 - Un dulce beso

Suspiro y cierro mi cuaderno al ver la hora, son las 12:34, me merezco un pequeño descanso. Miro por la ventana, era suave para ser noviembre en Nueva York. Las hojas de los árboles se volvían amarillas una tras otra, algunas nubes cubrían el cielo y los rayos de sol calentaban el cuadro que tenía delante.

Abrumada por el aburrimiento y la soledad, cogí mi ordenador y escribí «Damiano Materazzi» en la barra de búsqueda. Aparecieron varias páginas de Facebook y artículos de prensa. Woah una cuenta de Tinder también...

Hice clic en el primero y era el bastardo que conocía. Empecé a leer sobre él, me enteré de que poseía varias propiedades de lujo en varios estados y que era el jefe de una gran empresa de inversiones: Materazzi Inc.

Estaba sumida en mi lectura cuando Blake me interrumpió entrando en mi despacho. Cerré rápidamente mi ordenador y volví a prestarle atención.

—¿Qué estabas haciendo? —preguntó con suspicacia.

—Nada —respondí con la mayor normalidad posible.

Estaba a punto de marcharse, pero se giró en el último momento y abrió mi Mac a pesar de mis impotentes esfuerzos por detenerla. Leyó el artículo y me miró mal.

—Veo que estamos investigando en lugar de trabajar.

—Blake, no es lo que piensas —traté de explicar.

—Oh, sí lo es, es exactamente lo que pienso. Estás investigando a tu futuro novio —dijo con una sonrisa burlona.

Le miré, claramente cansada, antes de suspirar y explicarle todo lo que había pasado entre Damiano y yo. De principio a fin. Cuando por fin terminé, me miró con los ojos muy abiertos.

—Connor no lo creerá cuando le cuente todo, esta noche —dijo con el entusiasmo de una niña.

Connor era su novio desde hacía tres años, eran adorables y casi inseparables.

—¡No! No, no se lo digas a nadie. Ya estoy bastante avergonzada de que me haya utilizado para fingir ser un hombre de negocios serio en una relación, cuando solo es un mafioso que juega con las chicas —le contesté.

Blake pareció pensar por un momento. No dijo nada durante unos minutos antes de lanzarme una mirada llena de insinuaciones y determinación.

—¿Qué tal si nos vengamos? —sugirió sonriendo.

—¿Qué quieres decir? —pregunté, claramente confundida; y por qué no decirlo, preocupada también.

—No es la primera vez que te humilla, lo hizo hablando de tu madre delante de todos y ahora te utiliza para firmar un contrato con esa familia…

—Basaglia —acoté pues lo había olvidado.

—Lo que sea. Deberías vengarte, demostrarle que tú también sabes jugar —finalizó, arqueando una ceja.

—No lo sé...—respondí indecisa.

—Piénsalo, tendrías tu revancha —dijo antes de marcharse, dejándome sola con mis pensamientos.

El día terminó más rápido de lo que pensaba, saludé a todos en la oficina antes de salir. Cuando llegué a casa, me di un baño mientras bebía un vaso de vino. Lo que Blake me había sugerido volvía a mí cada minuto, como las olas que se estrellan en la cálida arena.

Una vez más acudí al Internet para averiguar un poco más de Damiano Materazzi, vi un artículo que decía que esa noche se llevaría a cabo una velada en la mansión del reconocido empresario. Vi que se trataba de una gala donde se reuniría lo mejor de la sociedad neoyorquina, así que seguramente allí estarían los Basaglia.

No me llevó mucho tiempo decidirme, de inmediato abrí otra pestaña y busqué la dirección. Tendría mi venganza y sería esa misma noche.

Me metí al baño para comenzar a prepararme, y mientras estaba debajo de la regadera las dudas intentaron hacerme desistir un par de veces, pero terminé convenciéndome de que estaba haciendo lo correcto, él se merecía un escarmiento.

Salí envuelta en una bata de baño y comencé a secarme el cabello, luego me maquillé los ojos con tonos discretos, pero pinté mi boca de un sensual rojo. Decidí ponerme un elegante vestido de encaje blanco que llegaba justo por encima de la rodilla, con un escote sugerente para que mis senos lucieran provocativos, pero sin llegar a verse vulgares. Finalmente, me puse mis zapatos de tacón rosa pálido y por fin estaba lista para salir.

Una hora más tarde, me encontré llamando al timbre de una lujosa casa, preguntándome una vez más si estaba cometiendo un error, pero antes de que pudiera arrepentirme, una mujer con uniforme me abría la puerta.

—Buenas noches, por favor siga adelante —dijo dándome la bienvenida.

—Gracias —dije y tomé aire para llenarme de valentía.

Caminé hacia el salón y recibí la copa de vino que uno de los camareros me ofrecía, pasé la mirada por el lugar y después de un minuto pude ver a Damiano en medio de un grupo de personas. Al parecer pudo percibir mi presencia, porque se volvió con una gran sonrisa que se congeló en cuanto me vio y sin perder tiempo se acercó hasta mí.

—¿Susan? —preguntó tan sorprendido como confuso.

Detrás de él había unas cuantas personas, entre las que reconocí a Basaglia. Sonreí porque tendría lo que había llegado a buscar a ese lugar.

—¿Por qué te sorprende verme, mi amor? —pregunté con una gran sonrisa y entonces le besé.

Si quieres jugar, Materazzi, yo también puedo hacerlo.

Capítulo 8 - La venganza

Damiano estaba tan sorprendido por mi gesto que ni siquiera respondió al beso, aunque tampoco fue que duró demasiado. Apenas rocé sus labios con los míos y me di el pequeño gusto de acariciarlos con la punta de la lengua, solo una ligera muestra de lo que nunca tendría.

Él intentó retenerme, pero apoyé la mano en su pecho y ligeramente lo empujé para que me soltara, mientras mis labios le dedicaban una sonrisa, pero mi mirada estaba seria. Me acerqué a su oído para susurrarle algo.

—Sigue atendiendo a tus invitados, yo cumpliré con mi papel como tu encantadora prometida.

Lo miré a los ojos con intensidad mientras deslizaba mi mano por la chaqueta de su elegante tuxedo negro, luego le di la espalda y me alejé moviendo mis caderas con sensualidad, sintiendo que ahora yo también estaba en el juego y que haría hasta lo imposible por ganar.

—Buenas noches, encantada, soy Susan Pierce, la prometida de Damiano —dije presentándome a un grupo.

La velada trascurría muy bien, el vino era bueno, la casa era preciosa y la música que sonaba en bucle era relajante. Estaba hablando de arte con un grupo de invitados, sonriendo y llevando lo mejor posible mi papel como la prometida del anfitrión.

Sin embargo, no dejaba de sentir la insistente mirada de Damiano sobre mi piel. Me había estado observando desde nuestro breve encuentro, lo que me estaba haciendo sentir incómoda, aunque intentaba disimularlo. No podía dejarle ganar tan pronto.

Seguí hablando con algunos de sus socios y algunos de sus amigos. Me enteré por Bárbara, una mujer encantadora, que debía de tener unos cuarenta años, de que no se trataba de una simple fiesta, sino de un acto benéfico. ¿Quién iba a pensar que Damiano pensaba en alguien más que en sí mismo?

Después de un rato me sentí aburrida, así que decidí pasear por la casa y conocer gente nueva. Fue entonces cuando mi mirada y la de Damiano se hizo una. Me miró tan intensamente que sentí escalofríos por mi espalda.

Una joven pelirroja se acercó a él y nuestro contacto visual se rompió. Hablaron, rieron, bebieron, todo bajo mi persistente mirada. La invitó a bailar y, por supuesto, ella aceptó. Ella bailaba horrible y él no se quedaba atrás.

«Vaya, puedo ser tan mala a veces.»

Me dirigí al buffet para comer un poco, pues ya había tomado mucho y no debía emborracharme. De pronto sentí una mano apoyada en mi cadera, haciéndome estremecer. Damiano acercó su boca a mi oído y pude sentir su aliento calentar esa parte tan sensible de mi cuerpo.

—Te ves hermosa esta noche —susurró, deslizando la mano por mi cintura, como si fuese algo muy natural entre los dos, luego agregó—. Espero que sea para mí.

Solté una risita, sin prestarle atención, y comí un bocadillo de salmón ahumado, gemí porque estaba realmente delicioso. Él me apretó la cintura y se pegó un poco más a mí, sonreía con malicia al comprobar que ese sonido lo había excitado; sin embargo, seguí ignorándolo.

—Acabo de decir que eras hermosa y decides ignorarme. Tengo que admitir que estoy herido, señorita Pierce —murmuró con un tono más serio.

—¿Por qué no le dices eso a la chica que estaba contigo hace unos minutos? —le respondí fríamente.

Se sorprendió claramente por mi respuesta, porque se alejó para volverme hacia él y mirarme a los ojos.

—¿Acaso estás celosa? —preguntó sonriendo con arrogancia, su mirada brillaba.

—¡Por favor! —solté una carcajada burlándome de él.

Damiano se quedó en silencio, su mirada se volvió oscura y arrugó el entrecejo. Al parecer había herido su ego.

—No entiendo por qué te comportas así. ¿Qué esperabas? No estamos realmente comprometidos, después de todo.

Ouch. Y esa había sido su venganza.

Materazzi: 1. Pierce: 0.

—Lo sé —respondí haciéndole creer que su comentario no me había dolido.

Le di la espalda y caminé a la sala de estar, pero Damiano me agarró del brazo para evitar que me alejara. Me observó durante unos segundos, como si intentará descifrar mis pensamientos, luego me llevó a una habitación, entramos y él cerró la puerta con seguro.

Paseé la mirada rápidamente y aunque no había mucha luz pude ver que tenía un escritorio, un sillón largo, un par de sillas de diseñador y otros muebles propios de un lugar para reuniones de negocios. Sentí su poderosa presencia detrás de mí, eso y ser consciente de que solo estábamos los dos en ese lugar, me hizo estremecer. Intenté poner distancia entre él y yo, pero una vez más me tomaba del brazo para retenerme.

—Bien, dime lo que quieres —exigió, presionándome contra la pared con su musculoso cuerpo.

Jadeé ante ese gesto brusco, pero por una extraña razón no me sentí amenazada, sino excitada. Su cuerpo irradiaba un intenso calor que comenzó a invadir el mío.

—Déjate de tonterías y dime lo que quieres, ¿Por qué has venido hasta aquí, Susan?

—Por ti… He venido porque te quiero a ti —le contesté mirándole a los ojos.

Damiano pareció sorprendido por mi respuesta, pero eso no le impidió besarme con fiereza, un beso desesperado y ardiente al que no pude evitar responder. Puse mis brazos alrededor de su cuello mientras sus manos estaban en mis caderas y me apretaba contra él. Apenas tuve tiempo de recuperar el aliento cuando me besó por segunda vez.

Esta vez yo tenía el control. Empecé a acariciarle el pecho y sin perder tiempo le desabroché la camisa. La temperatura de nuestros cuerpos aumentaba y nuestras respiraciones entrecortadas resonaban en la habitación. Intentó bajarme la cremallera del vestido, y una alerta se encendió dentro de mi cabeza, así que me aparté de él.

Damiano intentó acercarse otra vez y me miró confundido cuando puse una mano en su pecho para alejarlo y negué con la cabeza, dirigiéndole una mirada altiva.

—¿Qué esperabas? No estamos realmente comprometidos después de todo —dije y luego me alejé, con una sonrisa en la cara.

Materazzi: 1. Pierce: 100.

Capítulo 9 - Negocios

Sentí que algo se posaba suavemente en mi mejilla, provocándome una sensación cálida que me encantó. Gemí en respuesta, pero de inmediato fue consciente del insoportable dolor de cabeza que tenía y juré que no volvía a tomar más de tres copas de champaña en mi vida. Estaba desplomada en mi cama, completamente agotada por la velada de la noche anterior.

Me desperté con un sobresalto.

Anoche. Damiano. El beso. Mi plan. La venganza. Todo se me vino encima como una bofetada monumental.

Parpadeé y con algo de asombro vi que en la palma de mi mano había un pétalo de rosa roja. Quise coger el despertador para ver qué hora era, pero en su lugar había un ramo de rosas en mi mesilla de noche, lo que me sorprendió aún más y de inmediato me incorporé.

—¿Quién trajo esto? —me pregunté en voz alta, cogí el papel que colgaba de él y lo leí:

Buenos días, Susan,
Espero verte en mi oficina a la 1 de la tarde para almorzar. Hablaremos de negocios.
PD: Ese conjunto blanco te sienta de maravilla.

Damiano

¿Conjunto blanco? Miré hacia abajo y vi que sólo llevaba mi ropa interior blanca.

—¡Oh, Dios mío...!

Suspiré, sonrojándome como una niña tímida y me tumbé de nuevo en la cama, hundiendo mi rostro en la almohada. Un minuto después me puse de pie para entrar al baño, al mirarme al espejo me sonrojé una vez más, al recordar las palabras de Damiano en la nota.

—El muy descarado se atrevió a mirar debajo de mis sábanas —murmuré con rabia, pero al recordar cuando disfruté acariciando su pecho, no pude evitar imaginarme su cuerpo desnudo—. Si tú hubieses tenido la oportunidad también lo habrías hecho, admítelo, Susan.

Negué con la cabeza y me metí bajo la lluvia de agua caliente. Me lavé el cabello y consentí mi cuerpo con mi delicioso gel de baño. Mientras pasaba las manos por mi cuerpo, no pude evitar que mis recuerdos se fugaran a la noche anterior y lo que había sucedido entre Damiano y yo. Rápidamente rechacé todo eso y terminé con mi baño.

—¿Hablar de negocios...? —me pregunté en voz alta, mientras me secaba—. ¿Qué habrá querido decir con eso? —me pregunté intrigada—. Bueno, ya lo averiguaré esta tarde —dije y me encogí de hombros.

Me puse un vestido azul que me llegaba justo por debajo de las rodillas, me até el pelo y me puse una gargantilla; sin olvidar la alianza que me había regalado.

Unos minutos más tarde me encontré frente a un enorme edificio de cristal con el nombre «Materazzi Inc.» en la parte superior. Respiré profundamente antes de empujar la puerta y entrar en ese imperio financiero.

Una secretaria sentada en su escritorio me saludó con una sonrisa amable,

—Bienvenida a Materazzi Inc. ¿Cómo puedo ayudarle? —preguntó vacilante y me miró de pies a cabeza.

—Sí. Me gustaría ver al señor Materazzi.

—¿Padre o hijo?

—Damiano —respondí y la voz me tembló al pronunciar su nombre, eso no era una buena señal.

Ella frunció el ceño, obviamente confundida.

—¿Tienes una cita? —preguntó con suspicacia.

Estaba a punto de responder cuando alguien habló.

—Vamos, Isabelle, mi prometida no necesita una cita para verme. —Damiano se presentó guapo e imponente.

La secretaria ensanchó los ojos y se sonrojó.

—Sí, por supuesto, lo siento, señor. No estaba al tanto de ello. No volverá a ocurrir, se lo aseguro —dijo rápidamente y me miró apenada.

—Eso espero —respondió Damiano antes de tomar mi mano y guiarme hacia el ascensor.

Yo me había quedado muda en cuanto lo vi, me sorprendió lo apuesto que lucía esa tarde, llevaba un elegante traje azul oscuro, camisa blanca y una corbata roja. En cuanto las puertas del ascensor de cerraron sentir vibrar esa misma energía que nos envolvía siempre que estaban a solas, suspiré y apreté las manos para calmar el latir desboscado de mi corazón.

—Estoy bastante sorprendido de que hayas venido.

—Yo también. Ni siquiera sé qué estoy haciendo aquí —respondí con evasivas.

—¿De verdad?

No respondí, no era capaz de hacerlo. Se acercó a mí, su olor fragante invadió mis fosas nasales, nuestros labios estaban a centímetros de distancia. No podía moverme, estaba paralizada. No por miedo sino por deseo.

Cerré los ojos, esperando pacientemente a que sus suaves labios chocaran con los míos. Pero el sonido del ascensor puso fin a este intenso momento. Se apartó de mí, aclarándose la garganta, y se marchó. Le seguí tan rápido como mis piernas temblorosas me lo permitieron.

Una vez en su despacho, me cautivó la vista que teníamos ante nosotros. Nueva York en todo su esplendor. Desde lo alto de los rascacielos, todo parecía tan pequeño, pero se sentía tan grande, tan importante, como si gobernáramos este reino.

—Es hermoso —susurré.

—Lo es, sí —respondió pensativo, admirando también el paisaje.

—¿De qué querías hablar? —le pregunté, parecía avergonzado después de la escena de ayer.

—No lo sé. Sólo quería volver a verte.

—Oh...—Fue todo lo que pude responder a eso.

No sabía si debía sentirme halagada y agradecerle o simplemente asustarme y salir corriendo lo más rápido posible. No hice ninguna de las dos cosas.

Damiano se sentó detrás de un enorme escritorio de madera de roble, me hizo un gesto para que me sentara, lo que hice sin dudarlo. Sacó una carpeta de su cajón y la puso delante de mí. Le miré con cara de confusión y se apresuró a explicarme la situación:

—Alfredo Basaglia, de 64 años, dirige una de las mayores redes de la mafia italiana en Nueva York. Le gusta la comida mediterránea, los licores fuertes y…

—¿Qué tiene eso que ver conmigo? —le corté.

—Déjame terminar —pidió mirándome.

—Lo siento —susurré apenada, aunque fruncí el ceño porque presentí que no me gustaría lo que él diría.

—Alfredo está planeando derrocar al jefe de la mafia aquí en Nueva York, y créeme, lo va a

hacer. El problema es que no me va a incluir en ese plan, y si no me incluye en ese plan, estoy arruinado. No más mafia, no más negocios, no más dinero. Nada —sentenció con la mirada oscura.

Pude ver que eso realmente lo preocupaba; sin embargo, no sabía que decirle.

Damiano hizo una breve pausa, levantándose de su pesado sillón de cuero y viniendo a sentarse a mi lado.

—Alfredo no tiene hijos, no tiene herederos y no confía en nadie. Bueno, solo en su mano derecha, un hombre tan viejo como él y que no representa ningún obstáculo para mí porque fue quien nos acercó y sin saberlo me ha ido abonando el terreno. Davide sabe que Alfredo necesita un sucesor y tengo toda la intención de ser esa persona. Basaglia, es un hombre muy orientado a la familia, así que si ve que tengo un compromiso, que tengo un negocio exitoso y que soy un hombre fiel, entonces ganaré en su estima y me verá de una manera diferente...

—Te verá como el hijo que nunca tuvo. Y es posible que te cuente sus planes para derrocar al actual jefe de la mafia. En ese caso ambos ganan. Pero yo en la historia, ¿qué tengo que ver? —pregunté mirándolo con recelo.

—Tú, *amore mio*, no sólo tendrás la oportunidad de pasar mucho tiempo conmigo y disfrutar de todo lo que estoy dispuesto a entregarte y hacer por ti, sino que también podrás añadir unos cuantos ceros a tu cuenta bancaria —respondió con su habitual sonrisa arrogante.

Lo pensé por un momento, no iba a aprovechar la oportunidad sin dudarlo. Necesitaba más información, necesitaba tiempo para poner en una balanza todo lo que estaba en riesgo y ser consciente de hasta donde ponía llegar y cuánto estaba dispuesta a perder.

Porque si de algo estaba segura, era de que Damiano Materazzi se quedaría con algo mío, no saldría ilesa de ese acuerdo, mi cabeza me lo gritaba, aunque mi corazón estuviese dando brincos de la emoción.

Sin embargo y a pesar de mis dudas, simplemente le miré a los ojos y supe que lo haría. Aceptaría porque en el fondo sabía que no podía negarme. Damiano no es el tipo de hombre al que puedes decir que no... Así que dije:

—Sí, acepto.

Y supe que había firmado un contrato con el mismísimo diablo al ver como su mirada se iluminaba y sus labios formaban una sonrisa tan sensual como peligrosa.

—Bienvenida al negocio, gatita.

Capítulo 10 - Normas

No creo que seamos los únicos dueños de nuestros destinos. No, no creo que siempre podamos elegir, y tampoco creo que podamos controlar nuestros sentimientos. Pero lo que sí sé es que podemos cambiar las cosas.

Tal vez no arreglemos o borremos los errores de nuestro pasado, pero si hay algo de lo que no puedo dudar es de que podemos cambiar, guiar, dar forma a nuestras vidas una vez que nos damos cuenta de lo que somos capaces.

No creo que seamos los únicos dueños de nuestros destinos. No, no creo que siempre tengamos elección, pero cuando dejé entrar a Damiano en mi vida, supe que en el fondo tenía elección. Podría negarme, podría decir que no, podría alejarme y no mirar atrás. Podría olvidarlo.

Pero no lo hice.

Así que aquí estaba, unas semanas después de firmar ese estúpido contrato, eligiendo un vestido de novia. Los hermanos de Damiano, Dante y Adriano habían venido a pasar la tarde a la casa. Y sí, con «casa» me refiero a que me había mudado con Damiano hacía unos días.

Adriano había venido acompañado de su mujer Natalia, que me ayudaba a elegir qué velo pedir con mi vestido. Alfredo Basaglia, también había venido con su novia Francesca, que debía de tener unos treinta años.

A Alfredo le estaba empezando a gustar Damiano, se notaba, cada vez pasaban más tiempo juntos e incluso nos invitó a pasar el fin de semana en su yate. Pero eso no fue suficiente, Basaglia, aún no estaba dispuesto a confiar en mi flamante prometido.

Así que el famoso Materazzi pensó que sería una buena idea acercarme a su esposa. Por eso la invité a ser parte de los preparativos de nuestra «boda»

—¿Y éste? —preguntó Natalia con entusiasmo.

—Sabes que nada de esto es real, ¿verdad? —susurré para que solo ella pudiera oírme.

—Lo sé, pero sigue siendo tu boda —sonrió.

—¿De qué estás hablando? —preguntó Francesca.

—Oh, estaba dudando entre el salmón y las gambas para empezar. ¿Qué te parece? —respondí.

—Salmón… Sin dudarlo —respondió con una sonrisa en la cara, realmente me gustó.

—Sí, eso mismo le dije —comentó Natalia sonriendo.

Al parecer estaba dispuesta a que me emocionara la falsa que Damiano se había inventado, cuando lo que realmente me provocaba era tristeza.

Miré los velos sobre la cama y fui consciente de que no podía escoger uno ese día, así que decidí dejarlo para después. Me levanté para ir al salón, necesitaba distraerme, las chicas me siguieron.

Los hermanos Materazzi estaban jugando al billar, escuchando música, haciendo bromas y bebiendo licor fuerte. Se notaban muy relajados y normales, nadie pensaría que pertenecían a gran red de la mafia italiana, y que, por supuesto, eran hombres muy peligrosos.

Damiano levantó la vista y sus ojos se encontraron con los míos, vi que sus labios se movían, probablemente había dicho algo importante, pero yo no estaba escuchando porque me cautivaron sus ojos. Entonces me di cuenta de que todas las miradas se dirigían hacia mí, una expresión de confusión se dibujaba en cada uno de sus rostros.

—¿Perdón? —pregunté.

—Te pregunté si querías jugar con nosotros, cariño —respondió Damiano, enfatizando el «cariño» para que pudiera ver la ironía.

Tardé un momento en darme cuenta de que aún no había contestado, así que me quedé en la esquina de la mesa y lo miré con arrogancia.

—De acuerdo. Pero no llores cuando te gane.

—Tú y yo sabemos que eso no sucederá. Yo nunca sufro la derrota —respondió mi «prometido» con su famosa sonrisa arrogante que curva de manera sensual la comisura de los labios

—Hay una primera vez para todo —dije con un tono igualmente provocador.

Moví mis caderas con sensualidad cuando pasé por su lado, un gesto que había notado lo desconcentrada y si quería ganarle, debía usar todas mis armas.

◆◆◆

Tal y como él había previsto, no pude ganarle, pero le di una buena pelea, lo que provocó que mi flamante prometido, fuera la burla de sus hermanos.

Las chicas sugirieron que mejor dejáramos a los hombres seguir con sus juegos y nosotras nos encargáramos de la comida, Natalia deseaba hacer una receta siciliana de abuela.

Después de la cena, todos se fueron y me encontré a solas con Damiano en esta gran casa. Echaba de menos mi piso, mis rutinas, mi soledad.

Sobre todo, echaba de menos a Sara, necesitaba una amiga para contarle lo que estaba viviendo y que me aconsejara, porque seguía teniendo muchas dudas, no sabían hasta donde me llevaría esto.

Capítulo 11 – Juego de seducción

Puse música mientras ordenaba el salón, Damiano había desaparecido por el pasillo y yo agradecí ese momento de soledad. Por los altavoces comenzó a sonar *Fire For You* de *Cannons* y comencé a mover mi cuerpo a su ritmo, sintiéndome libre por primera vez en días; además, la canción expresa justo lo que estaba sintiendo por Damiano.

—¿Bailamos? —preguntó Damiano en un susurró junto a mi oído, lo que hizo que mi piel se erizara.

Yo no pude responderle, mi voz había desaparecido y cuando sentí que se pegaba a mi cuerpo, jadeé y me estremecí, sintiendo que las barreras que había construido para resistir su encanto caían como un castillo de naipes. Damiano pareció tomar eso como un sí porque sentí sus labios sonreír contra mi cuello, mientras me envolvía con sus poderosos brazos y pude sentir el calor de su pecho calentando mi espalda.

Comenzó a mover sus caderas de manera sensual, rozándose contra mi trasero, haciéndome consciente de lo que ese acercamiento había provocado en él, pude sentir a través de la delgada tela de mi vestido, lo duro que estaba y eso hizo que llamaradas recorrieran mi cuerpo. Sabía que estábamos entrando a un terreno peligroso, uno que acordamos no pisar cuando acepté ese trato, pero ya no podía seguir resistiéndome a la tentación.

Desde que me mudé a esa casa no había podido sacar de mi cabeza la idea de que solo una pared nos separaba, y que la atracción entre los dos era innegable. Recordaba el beso que nos habíamos dado en su estudio y mi deseo aumentaba noche tras noche, llevándome a imaginarlo entrando a mi habitación y haciéndome el amor.

Cerré los ojos y dejé caer mi cabeza sobre su hombro, acaricié sus brazos y lo invité a que subiera las manos y me acariciara los senos, pero al parecer el solo deseaba torturarme, negándome ese placer. Gruñó en mi cuello y lo sentí negar al tiempo que me apretaba más entre sus brazos, haciéndome saber que era quien estaba al mando; admito que me sentí frustrada, pero no me alejé de él.

Y quise demostrarle que no era el único que sabía jugar a seducir, así que me pegué más a su cuerpo, dejando que si caderas se mecieran al mismo ritmo. Lo escuché gemir y una sonrisa de satisfacción se dibujó en mis labios, entonces obtuve lo que deseaba, Damiano subió su mano y se apoderó de mi seno con posesión, haciéndome jadear.

—Susan —pronunció mi nombre en un tono ronco y profundo que provocó estremecimientos en todo mi cuerpo—. Susan —repitió dándome un beso en el cuello.

—¿Sí? —conseguí preguntar o responder, mi mente estaba demasiado nublada por el deseo para saberlo.

Damiano me volvió hacía él y me acunó el rostro con sus manos, nos miramos fijamente a los ojos por lo que pareció una eternidad. Nuestros labios se rozaron y las ganas de devorar por completo su boca me desgarraban por dentro, estaba a punto de ceder a mi deseo, pero entonces él se alejó y yo lo miré desconcertada.

—¿Susan? —preguntó mirándome a los ojos.

—¿Sí? —respondí, con la voz temblorosa.

—¿Puedes recordarme la primera regla del contrato, gatita? —me dedicó una sonrisa condescendiente.

Me llevó un momento poner en orden mis pensamientos, aún seguía envuelta por la niebla del deseo, pero cuando lo hice fue como si un balde de agua helada me bañara, incluso pudo sentir como mi cuerpo se contraía.

—Regla numero 1: No enamorarse.

—Sí, exacto —respondió con una sonrisa sesgada.

Le miré confusa, con las cejas fruncidas y los ojos escrutando cada uno de sus movimientos. Se acercó más a mí, puso sus manos en mis mejillas y nuestros labios se acercaron, en el momento en que cerré los ojos, sentí un suave beso en mi frente.

«Mierda»

—No rompamos las reglas, *amore mio*.

«Ouch»

Parece que nuestro pequeño juego de venganza está de vuelta. Lo veo darme la espalda para alejarse, pero no sabe que he llegado a conocer muchas sus debilidades y que también puedo ser una buena jugadora, así que prepárate para ser arruinado, Materazzi. Pienso y una sonrisa se forma en mis labios.

—No estaba pensando en romper ninguna regla —dije con suficiencia para detenerlo.

—Vamos, Susan… yo creo que sí. —Él gira un poco para mirarme, mostrando esa sonrisa odiosa que me provoca borrarle de un golpe.

—La regla número uno es: no enamorarse… pues no era eso lo que pretendía hacer, Damiano… —Me acerqué derrochando sensualidad con cada paso que daba hacia él, apoyé las manos en su musculoso pecho y me puse de puntillas al tiempo que acercaba mis labios a su oreja y le susurré—: Todo lo que deseaba era follar contigo y para eso no necesito estar enamorada.

Pude sentir cómo los músculos de su cuerpo se tensaban, revelándome que había conseguido lo que deseaba y no pude disimular mi sonrisa. Él se apartó buscando mi mirada y vi la sorpresa reflejada en su rostro, lo que me hizo sentir satisfecha.

El juego de la venganza se había puesto a mi favor una vez más, así que debía aprovechar esa ventaja y me alejé.

—Susan… espera —dijo sujetándome de la mano para evitar que me marchara. Lo miré a los ojos y esperé a que continuara—. ¿Es lo que deseas? —preguntó con un tono algo ronco y sensual, mirándome con intensidad—. Si es así, podemos hacerlo, pero debes prometerme que esto no complicará las cosas entre los dos —me advirtió con seriedad y realmente me vi tentada de aceptar.

—Es una lástima, pero ya se me fueron las ganas… Qué pena, señor Materazzi, tendrá que darse una ducha de agua fría —dije con una sonrisa mordaz.

Le eché un vistazo a su erguido miembro que se podía apreciar debajo del jean envejecido que llevaba puesto, mi sonrisa se ensanchó cuando vi el musculo que se contraía en su mandíbula y como su mirada se oscurecía de rabia.

—Que descanses, cariño —dije enfatizando el «cariño» tal como había dicho él esa tarde.

Materazzi: 2

Pierce: 200

Pensé mientras mostraba una sonrisa, al ver cómo su cara apenas podía disimular la rabia y amargo sabor de la derrota. Me sentí vengada y eso me gustó mucho, era hora de poner mis propios límites y demostrarle que no sería alguien con la que él podía jugar a su antojo.

Después de eso caminé hacia mi habitación, entré y cerré la puerta, pero no le puse seguro, creo que en el fondo esperaba que él tuviera un loco arrebato, que llegara con toda su imponencia

y me follara hasta que los dos cayéramos rendidos.

Sin embargo, cuando vi que los minutos pasaban y que Damiano no aparecía, no me quedó más remedio que meterme a la ducha y ser quien se diera un baño de agua fría, porque, aunque me costara reconocerlo, ese juego me había dejado muy caliente.

Capítulo 12 - Problemas

—¡Susan!

Podía oír que alguien repetía mi nombre una y otra vez, con el mismo tono aburrido y cansado.

—Susan, despierta, recuerda qué día es —dijo la misma voz

Abrí lentamente el ojo izquierdo para ver quién era. Damiano estaba de pie frente a mí, con un traje deportivo que, por cierto, mostraba su musculoso cuerpo de manera espléndida. Parecía tener prisa y tenía una expresión en la cara que significaba claramente.

«Me estás cabreando»

Sonreí al recordar lo sucedido la noche anterior, era evidente que seguía molesto por su derrota.

—Hola —murmuro y me giro para quedar de espaldas en la cama, mientras lo miro de arriba abajo.

—He hecho algo de comida, está todo en la cocina. Voy a salir a correr —dijo antes de añadir—. Ah, y no te olvides de vestirte para esta noche.

—¿Esta noche? —pregunté confundida.

—Sí. Esta noche. La gala —contestó, pero al ver que no sabía de qué hablaba, añadió—: Espera... ¿No te lo dije?

—¡No...!

—Hay una gala esta noche, todos mis colegas y competidores estarán allí. Y, por supuesto, tú serás mi cita —respondió y su mirada destelló.

—¡¿Qué?! Ni siquiera estoy preparada, no tengo nada acorde a una gala —empecé.

—Bueno, ve de compras y carga todo a la tarjeta que te di, tienes hasta las 6 de la tarde para prepararte. Nos vemos a esa hora —dijo y luego salió de la habitación.

Me dejé caer en la cama, con la cabeza enterrada en la almohada y suspiré. Realmente no tengo ganas de hacer nada hoy. Me levanté de todos modos, me di un baño y fui a desayunar; después de todo, había hecho un acuerdo con él y asistir a esa gala era parte de este.

◆◆◆

Le pedí al chofer que me llevara hasta la Quinta Avenida y recorrí las mejores tiendas en busca de algo adecuada. Debía lucir elegante y sensual, justo como se vería la prometida de un hombre de la mafia.

Después de estar en tres tiendas de diseñadores de gran renombre a nivel mundial, entré en la de Versace y fui recibida por una empleada que me sonrió con amabilidad.

Le dije lo que deseaba y ella me llevó directo al área donde estaban los vestidos de gala; de inmediato un vestido rojo llamó mi atención, tenía cierto aire al que usó Julia Roberts en la famosa película «Mujer Bonita», no voy a negar que me emocioné al imaginarme llevándolo.

La empleada lo agarró del perchero y caminamos a los probadores, después de unos minutos salí para mirarme al espejo.

El vestido era realmente hermoso, tenía un pronunciado escote que hacían lucir mis senos de manera provocativa, era su vaporoso por lo que podía caminar con él sin problemas y tenía

una gran abertura en la pierna.

—Le luce precioso, señorita Pierce —dijo y me ofreció una copa de champaña, cortesía de la casa.

—Me gusta mucho, creo que no veré más, este es perfecto —Sonreí y tomé un gran sorbo de la bebida espumante, imaginando la reacción que tendría Damiano en cuanto me viera esa noche.

Karen, como se llamaba la empleada, también me asesoró con los accesorios y los zapatos que debía llevar, como no tenía mucho tiempo, seguí cada uno de sus consejos y después de unos minutos pude ver como luciría esa noche, solo me faltaba el maquillaje y el peinado.

Contraté los servicios de una estilista y maquilladora para que me atendiera en la casa, cuando terminó lucía espectacular. Había peinado mi cabello hacia atrás, recogiéndolo en un moño elegante, pero que mantenía cierto aspecto natural.

También me había aplicado tonos oscuros en los ojos, creando un ahumado que resaltaba el gris de mis iris, mis labios tenían un rosa tenue que apenas que los hacía lucir provocativos e inocentes al mismo tiempo.

—Haz hecho magia —le digo a Louise cuando me veo en el espejo y no puedo dejar de sonreír.

—Nada de eso, solo resalté tu belleza… —dice complacida con su trabajo—. Bien, démonos prisa que aún falta lo más importante, ese hermoso vestido.

Después de diez minutos luzco impresionante, el vestido le saca provecho a mi figura ya que se amolda perfectamente a mi cuerpo.

Unos altos tacones en color piel, unos grandes pendientes, un sobre dorado y un espectacular brazalete completaban todo mi atuendo de esta noche e internamente deseo que Damiano se sienta deslumbrado en cuanto me vea.

Por fin estaba lista y al bajar las escaleras veo que Damiano se había tomado la molestia de ponerse una corbata roja, para que nuestros trajes combinaran. Alza la mirada cuando siente mi presencia y se queda embelesado.

—Susa… —Su voz desaparece y lo único que hace es mirarme de arriba abajo, detallando la abertura en mi pierna que la hace lucir muy sensual—. Te ves muy hermosa —dice finalmente, ofreciéndome su brazo.

—Gracias, tú también te ves muy guapo —reconozco mientras las notas masculinas de su perfume llegan hasta mi nariz y siento el deseo de hundirme en su cuello.

—Bien, tengamos una velada especial, mi amor —dijo con un tono seductor.

Mi corazón dio un vuelto al escucharlo decir esa última palabra, que nunca había mencionado cuando estábamos los dos solos, ni con esa entonación.

Me sentí confundida, pero intenté que él no lo notara porque sabía que estaba jugando un papel, o tal vez quería vengarse por lo que le hice la noche anterior, pero no lo dejaría.

Él deslizó su mano por mi espalda y un temblor recorrió mi cuerpo, supe que lo había percibido porque sonrió con arrogancia.

Me guio hasta limosina que nos esperaba y me ayudó a subir, durante el trayecto al hotel Astor donde se celebraría la velada, me dijo quienes estarían presentes y también lo que debía hacer.

◆◆◆

Cuando llegamos, varios amigos de la familia Materazzi nos saludaron, e incluso había

algunos periodistas en la entrada. Caminaba junto a Damiano, en dirección a la sala principal, cuando alguien nos detuvo.

Me giré y mis ojos se encontraron con dos perlas de color esmeralda. El hombre al que miraba tenía unos perfectos ojos verde bosque, era alto y su sonrisa era casi desconcertante.

—Alejandro. Encantado de conocerte —luego tomó mi mano y la besó, sin quitarme los ojos de encima.

—Susan Pierce —respondí contrariada.

—Lightwood, podrías dejar de coquetear con mi prometida mientras estoy presente —intervino Damiano, molesto y celoso.

«¿Celos? No, por supuesto que no»

—Ah, sí. Perdona, primo, siempre hemos tenido los mismos gustos, ¿no? —respondió en un tono lleno de desafío y provocación.

—Si nos disculpas. Tenemos prisa —respondió Damiano entre dientes.

—Hasta pronto, Susan Pierce —dijo Alexander de forma muy sexy.

Pero no me dio tiempo a responder, ya que Damiano me arrastró con su brazo a la sala principal, entiendo que se molestara por la actitud tan descarada en que me abordó su primo. Sin embargo, no era para que se pusiera así, después de todo, no es que estuviésemos saliendo en verdad, todo esto era un circo.

Capítulo 13 – Decepción

Después de unos minutos, estaba disfrutando de una copa de champaña mientras Damiano hablaba de «negocios» con un grupo de personas. Estaba aburrida, lo que es normal, ya que siempre me pasa en fiestas como esta.

—No parece que lo estés pasando bien —dijo una voz con sorna, detrás de mí y de inmediato me volví para descubrir quién era—. Perdone, no quería molestarle —dijo Alexander con una gran sonrisa.

—No me estás molestando. De todos modos, me aburría —respondí con una tímida sonrisa.

—Bueno... Si Damiano aún no ha terminado con sus asuntos sobre el trabajo, podrías venir conmigo a la azotea, tiene una vista increíble —ofreció.

—No creo que sea una buena idea... —dije con dudas, apenas le conocía, además, sabía la intención de un hombre al llevar a una chica a la azotea en reuniones como esa.

—En realidad es maravillosa, pero si está bien si no quieres venir… Yo subiré para despegar mi cabeza, así que, si gustas hacerlo más tarde, la invitación sigue en pie.

Se despide con una sonrisa enigmática y sensual, que debo reconocer me resulta muy atractiva, pero dentro de mi cabeza una señal me advierte del peligro y decido quedarme allí mientras lo veo alejarse a la salida. Suspiro y una vez más me concentro en mi papel de novia de Damiano.

Por lo que se ve, la reunión con sus socios no acabará pronto, solo hablaban de transacciones, inversiones y todo lo demás que está lejos de mi interés. No puedo culparlo porque sé que ese es su trabajo, pero eso no cambia el hecho de que estoy aburrida y me siento fuera de lugar.

Después de quince minutos recuerdo la propuesta de Alexander. No iba a unirme a él, sabía que no debía, pero mis pies ya me llevaban a la azotea.

Tras empujar la elegante puerta de dos hojas de vidrio que lleva a la terraza con vistas a Nueva York, encuentro con Alexander sentado en el borde de la terraza, con una botella de champán a su lado. Parecía sorprendido de verme, pero sonrió igualmente.

—Estaba bastante seguro de que me dejarías plantado —dijo, burlándose de mí.

—Bueno, parece que por una vez he ido en contra de las reglas —respondí con una sonrisa.

—Espera... ¿Quieres decir que nunca hiciste lo que querías hacer? —cuestionó, mirándome.

De pronto me sentí incómoda y desvié mi mirada.

—Sí, lo he hecho. A menos que esté prohibido —respondo con un murmullo.

Era como si eso me avergonzara, pero ni siquiera sabía porque me sentía así, se suponía que ir por allí rompiendo las reglas y dándomelas de rebelde, eres una demostración enorme de inmadurez.

—¿Pero nunca has querido romper las reglas? —cuestiono de nuevo con voz suave y seductora.

Su insistencia por lo mismo me exasperaba un poco, no sabía a dónde quería llegar con eso; suspiré y decidí darle una respuesta que fuese más tajante.

—Sí, unas cuantas veces. Pero nunca lo hice.

—¿Entonces nunca has roto ninguna regla? —preguntó con una mirada de sorpresa.

—Nunca —repetí en un tono de voz más alto.

—Entonces esta es tu oportunidad —dijo con una sonrisa socarrona dibujada en los labios.

—¿Qué quieres decir? —pregunté, con las cejas fruncidas. Sabía que algo pretendía con todo eso.

Él se acercó a mí y puso sus manos en mi cuello, su aliento cálido y con el aroma del champaña se estrelló en mis labios. Apretó nuestros cuerpos y yo solté un jadeo en respuesta, al segundo siguiente nos estábamos besando.

Alexander Lightwood y yo estábamos compartiendo un beso, que al principio me tensó, pero al que después respondí con la misma intensidad. Ni siquiera supe lo que se apoderó de mí, solo me dejé llevar y realmente disfruté de romper las reglas por primera vez en mi vida.

Él deslizó la mano por mi cintura y bajó a mi cadera, de pronto sentí que iba rumbo a la abertura de mi vestido, por lo que rápidamente me alejé. No iba a permitir que me tocara de manera tan íntima, una cosa era compartir un beso y otra muy distinta dejar que me follara con sus dedos.

Él me miró desconcertado e intentó atraerme de nuevo a su cuerpo, pero lo empujé un poco más para poner un límite entre los dos. Luego me di la vuelta para alejarme y en ese instante me di cuenta de que Damiano nos había visto desde detrás del cristal; su rostro mostraba una expresión de dolor y decepción, que me encogió el corazón.

Me aparté bruscamente de Alexander y caminé de prisa hasta Damiano, necesitaba explicarle que todo esto había sido una estúpida equivocación. Sin embargo, sabía que no sería sencillo, él me miraba con un marcado resentimiento, casi gritándome que lo había arruinado todo.

—Damiano —susurré antes de que se alejara sin siquiera echar una última mirada.

—¿Qué demonios acabo de hacer? —me quejé sin saber si seguirlo o esperar a que se le pasara la rabia.

Se llevé las manos a la cabeza como si quisiera exprimir de ella la idea correcta, pero no conseguí nada.

Damiano

La misma imagen se repetía una y otra vez. Una y otra vez en mi cabeza. Y tenía una punzada de tristeza cada vez que los veía besarse de nuevo.

Alexander y Susan... ¿Quién lo hubiera pensado?

¿Quién iba a saber que era el tipo de persona que haría eso? Besar a un desconocido, sonreírle y coquetear con él ante los ojos de su prometido. Incluso si todo se trataba de una falsa, ella debió respetar nuestro acuerdo.

Al parecer que me equivoqué con Susan, es como todas las demás. Se enamora de las pequeñas sonrisas, de las bebidas que le ofreces, de la atención que le prestas. Sí, es como todas las demás.

Creo que lo peor no es que haya besado a un desconocido a mis espaldas. Lo peor es que era mi primo, el que todos adoraban, que atraía a todas las chicas, que tenía las mejores notas, los mejores amigos. Mientras que yo, de niño, no tenía nada.

No entiendo por qué estoy en este estado, no debería importarme; después de todo, no somos nada. Puede salir con quien quiera y besar a quien quiera. Lo más importante es el trabajo. Tengo que conseguir que Basaglia, confíe en mí, y eso debe ser cuanto antes.

Sin embargo, no puedo evitar sentirme herido por las acciones de Susan... De todos modos, no sé qué esperaba, yo fui quien le dejó claro cuáles eran las reglas y que no debía enamorarse de mí, pero siento que algo empieza a cambiar y eso puede ser peligroso.

—Como sea... —murmuré, dando el enésimo sorbo a mi vaso de güisqui.

En momentos así, lo único que puede salvarte es el alcohol y las chicas. Precisamente eso fue lo que decidí hacer, olvidar lo que estaba sintiendo por Susan.

Así es como me encuentro sentado en un sofá de cuero blanco en uno de los clubes más lujosos de Nueva York. Las luces de neón de todos los colores creaban un ambiente de fiesta salvaje, pero yo solo quería una copa tranquila.

A pesar de estar rodeado de varias chicas que harían cualquier cosa por llamar mi atención, seguía pensando en Susan, en el estúpido de Alexander y en nuestro plan.

Esa chica me va a volver loco...

Capítulo 14 - Una noche inolvidable

Susan

—Quiero decir que no me arrepiento de haberte besado, tus labios son tan suaves —dijo Alexander

—Estoy comprometida, Alexander... —comencé.

—Llámame Alex —me interrumpió.

—Lo que sea. No deberías haber hecho eso, solo faltan cuatro meses para mi boda, no quiero arruinarla por un idiota que besa a mujeres que no son solteras —dije secamente.

—Oh, por favor, Susan, al menos sé sincera contigo misma, este beso te gustó tanto como a mí, además, se nota que no eres feliz con Damiano —respondió.

—¿Perdón? —cuestiono asombrada por sus palabras y parpadeo antes de añadir—. ¿Cómo puedes saber algo así si apenas nos conocemos?

—Atrévete a mirarme a los ojos y a decirme que le quieres —dijo con una voz suave y ronca al mismo tiempo.

Me acerqué lentamente, sin dejar de mirarle; el sonido de mis tacones en el suelo resonaba, el olor de un lujoso perfume flotaba en el aire. Entonces apreté nuestros cuerpos, mis ojos aún fijos en los suyos, nuestros labios separados por centímetros, y por fin tuve el valor de abrir la boca, para darle una respuesta.

—Quiero a Damiano. Y no hay nada que puedas hacer al respecto. Absolutamente nada.

Para ser sincera, en el momento en que le dije eso, no sabía si estaba mintiendo o si era la simple verdad y que realmente me atraía Damiano. De pronto me sentí conmocionada por la declaración que acababa de hacer, porque sufriría si eso era verdad, la necesidad de escapar de ese lugar se apoderó de mí y salí a toda prisa.

Dos horas más tarde, estaba medio borracha, bailando como una loca en un club de moda del este de Nueva York. Empezó una nueva canción y me quedé sin aliento, así que decidí descansar, pero entonces sentí dos manos en mis caderas, que me agarraron con posesión.

Ni siquiera traté de averiguar quién era o cuál era la cara de este desconocido. Me limité a bailar pegada a él, con su pecho musculoso apretado contra mi espalda.

Deseando alejar de mi cabeza el pensamiento de que estaba traicionando a Damiano, moví mi cuerpo al ritmo de la música. Estaba febril, agotada, enfadada, pero seguí enloqueciendo en la pista de baile. Sentí como si un fuego naciera en mí y quisiera estallar fuera de mi cuerpo. Me di la vuelta y la sonrisa que había llevado toda la noche desapareció.

—¡¿Damiano?! —pregunté sorprendida de que fuera él.

—Um... ¿Nos conocemos? —preguntó, sus ojos aún fijos en mi cuerpo

Puse mi dedo en su barbilla en un intento de levantar su cabeza.

—Mis ojos están aquí, tonto.

Entonces sonrió como un niño al que le han ofrecido una chocolatina. Estaba borracho, muy borracho.

—Oh, hola, ¿alguien te ha dicho alguna vez lo buena que eres bailando? —me pregunta, mirándome con una sonrisa tonta en la cara.

—¿Cuántas copas te has tomado? —pregunté en tono serio, mientras intentaba mantener sus

manos quietas.

—¿Y tú? ¿Cuántas has tomado para pensar que eras mi madre? —respondió con excesivo sarcasmo.

—Eres un idiota —dije con rabia y me alejé, pero antes de hacerlo, él me cogió de la mano y me pegó a su cuerpo.

—¿A dónde vas? Estabas bailando conmigo.

—Estás borracho —Intenté liberarme, pero me envolvió con sus poderosos brazos—. Damiano…

—Shh, no digas nada —susurró deslizando la nariz por mi cuello, yo me estremecí y el sonrió—. Hueles tan bien.

No sabía qué decir, creí que estaría molesto conmigo, esa actitud no era lo que esperaba, me moví para mirarlo a los ojos. Quería besarlo, realmente deseaba hacerlo, pero en lugar de eso, le cogí de la mano y lo saqué de ese lugar, afuera estaba el chofer que nos había llevado a la fiesta, lo llamé y él nos abrió la puerta de la limusina, subimos y le pedí que nos regresara al hotel donde ya teníamos una reservación para esa noche, como todos los invitados.

El chofer se encargó de buscar nuestra llave en la recepción y me la entregó, por suerte, Damiano no estaba tan borracho como para no mantenerse en pie. Caminamos hasta el ascensor y subimos al vigésimo piso.

Una vez fuera de la puerta de la habitación, estuve a punto de disculparme, pero me hizo un gesto con la mano y negó con la cabeza mientras me miraba.

—Cállate… Todavía estoy enfadado contigo, Susan. El hecho de que me mires con esos malditos y hermosos ojos no significa que te vaya a perdonar —dijo con voz ronca.

—¿Encuentra mis ojos hermosos? —pregunté asombrada, pero también feliz.

—Sí, jodidamente hermosos.

—Mira, yo no he hecho nada. Tu primo fue el que me besó. Damiano, sabes... —empecé, pero me cortó.

—Shhh, lo hablaremos mañana.

—Está bien, entonces te dejaré dormir… —dije y le di la espalda para salir y bajar a recepción a pedir otra habitación.

—Espera… —me pidió y caminó hasta mí, me envolvió con sus brazos muy fuerte, pegándome a él—. Quédate conmigo —susurró besándome el cuello.

—Damiano —pronuncié dejando caer mis párpados y llevé mis manos a sus brazos para acariciarlo.

—Te deseo, Susan… No tienes ni puta idea de cuánto lo hago… Esto me está quemando —dice sin dejar de besarme y sus manos se deslizaban por mis caderas.

—A mí también —confieso temblando cuando lo siento deslizar sus dedos por la abertura de mi vestido, para segundos después, empezar a acariciar mi pubis por encima de mis bragas—. Yo también te deseo, Damiano.

Esa confesión era todo lo que bastaba para que los dos dejáramos en libertad nuestra pasión, él hundió sus dedos en mi parte más íntima, que húmeda y palpitante le dio la bienvenida. Me recargué en su cuerpo y apoyé la cabeza en su hombro mientras sus dedos de masajeaban suavemente, provocando que los suspiros y los gemidos escaparan de mis labios, acompañando los temblores de mi cuerpo.

—¡Estás tan mojada y caliente! —murmuró en mi oído, deslizando más profundo sus dedos —. Joder, Susan… me muero por follar contigo —confesó mordiéndome el cuello.

Gruñó cuando me contraje en torno a ellos, de inmediato sentí que una oleada de deseo se

me anudaba en el vientre, anticipándome la llegada de un orgasmo. Mi respiración se hizo más agitada, me temblaba todo el cuerpo, y un delicioso calor me hormigueaba bajo la piel, mientras sentía que mis piernas se volvían de goma.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó cuando vio como si las luces dentro de la habitación se duplicaran y el piso bajo sus pies desapareció, pero él la sostuvo con su fuerte brazo.

—Sí, gatita… Sí… Córrete para mí, justo así… —murmuró Damiano contra la piel caliente de mi cuello, mientras me presionaba el capullo con la fuerza justa.

Antes de que pudiera ser consciente de mi entorno una vez más, él me alzó en sus brazos y me llevó hasta la amplia cama cubierta por suaves y esponjosos edredones. Me dejó caer y me hundí en ese paraíso de comodidad, lo vi desabrochar su cinturón y lanzarlo al suelo, luego abrió el botón de su pantalón y se bajó la cremallera; me estremecí consciente de lo que eso significaba y tuve miedo.

Mi mente me gritaba que huyera de ese lugar antes de que fuera demasiado tarde, pero ¿acaso ya no lo era? Él me había dado un increíble orgasmo con sus dedos. Mi cuerpo y mi corazón me suplicaron que me quedara, que cumpliera esa fantasía que llevaba semanas rondándome la cabeza y que me hacía despertar húmeda y anhelante.

—¿Tienes preservativos? —La voz de mi mente se hizo presente antes de que él sacara su erección.

—¡Mierda!... Sí… sí… —dijo y caminó hasta el sillón donde había dejado su chaqueta, buscó su billetera y sacó unos tres paquetitos plateados.

Puso dos sobre la mesa de noche y se quedó con uno; todo eso me había dado tiempo para pensar en lo que haríamos y por supuesto, las dudas me asaltaron, por lo que me tensé cuando Damiano abrió por completo la abertura de mi vestido. Me incorporé un poco y estaba por detenerlo, pero él fue más rápido y hundió su rostro en mi pubis, contuve el aliento cuando lo vi respirar profundo sobre mi sexo, esa imagen fue tan erótica y excitante, que dejé de cuestionarme si lo que hacía estaba bien o mal.

Capítulo 15 – Calamità

Me dejé caer una vez más y sentí como lentamente me quitaba las bragas, para luego dejar caer un par besos sobre mi pubis. Gemí, temblé y elevé mis caderas haciéndole una invitación, que por supuesto, él aceptó. Lo supe cuando sentí su boca apoderarse de mi vulva, de inmediato una ardiente sensación me recorrió a toda velocidad, y los latidos de mi corazón adoptaron un ritmo frenético.

—Deliciosa —murmuró Damiano, paseando sus labios y su lengua por mis pliegues húmedos—. Sí, muy deliciosa, gatita… y tan suave… Tienes el coño más perfecto que haya visto en mi vida —confesó embelesado con mi intimidad.

No sé cómo debía sentirme al respecto, pues no quería que me comparara con las otras mujeres con las que había tenido sexo. Sin embargo, no dejaba de ser halagador saber que me consideraba la mejor, tal vez era una estupidez o el alcohol que corría por mis venas, pero a la final, ese comentario me hizo sonreír.

Él se recreó, dejando que su cálido aliento me acariciara la piel trémula, mientras sus dedos jugueteaban con mi sensible capullo y estremecimientos ardientes me atravesaron con fuerza y jadeé sintiendo que una vez más iba rumbo al clímax. Sin embargo, él se alejó dejándome justo a allí, a las puertas de ese orgasmo que tanto necesitaba, lo miré con desconcierto e impaciencia, pero él solo sonrió y me sujetó de las caderas para ponerme al borde de la cama, luego me alzó las piernas y puso su glande justo en mi entrada.

Un latido comenzó a pulsar suavemente entre mis piernas y más húmeda se deslizó desde mi interior, jadeé cuando él empezó a acariciar mis labios vaginales con su glande, provocando que me deshiciera en necesidad. Su mirada perversa me exigía algo y sabía perfectamente lo que era, sin embargo, no tenía la osadía para pronunciar esa palabra, no era una mujer desinhibida, pero un segundo después él hundió un poco más su glande, dándome el incentivo que necesitaba.

—Fóllame… Fóllame, Damiano —supliqué desesperada por sentirlo dentro de mí. Una lenta y pecaminosa sonrisa apareció en la boca masculina y él hizo lo que le pedía, de un solo empujón se hundió hasta la base y yo grité—. ¡Santo Cielo! —Mi cuerpo se arqueó ante su invasión.

—Sí, gatita… soy grande, pero prometo ir despacio.

Pero contrario a sus palabras, Damiano me sometió con un ritmo ardiente, rápido y duro, que me puso a jadear y estremecía todo mi cuerpo. Comencé a sudar cuando los dedos de Damiano se dedicaron a juguetear con mi clítoris, al tiempo que mi pecho subía y bajaba con cada respiración.

Todo lo que sentía era tan intenso, nunca me había excitado de esa manera, eso era un delirio, un placer que acabaría por enloquecerme. Mi vagina se apretaba con un hambre voraz en torno al miembro de Damiano y mi cuerpo suplicaba la liberación.

Él se dejó caer sobre mí, de inmediato lo rodeé con mis brazos, busqué sus labios y lo besé con desbordante pasión. Gemí en su boca cuando sentía como intentaba bajarme el escote con desesperación para acariciarme los senos.

—Para… este vestido costo 30 mil dólares —dije empujándolo por los hombros, no dejaría que lo dañara.

—Te compraré otro… cinco más si quieres, pero he soñado muchas noches con devorar sus

pezones y no me voy a privar de eso en este momento.

—Mejor quítamelo, y tú también desvístete… estaremos más cómodos sin ropa.

Damiano se negaba a salir de mí, pero finalmente aceptó y me ayudó a incorporarme hasta quedar sentada, me di la vuelta para pedirle que bajara mi cremallera. Lo hizo rápidamente y me dio un par de besos en la espalda, antes de sacar el vestido de mi cuerpo, dejándome desnuda. Vi que no tenía intenciones de desnudarse, así que tomé la iniciativa y llevé mis manos a su camisa, casi la arranqué de su cuerpo y él hizo lo mismo con sus pantalones.

Una vez desnudos, me tumbé en el centro de la enorme cama y él me cubrió con su cuerpo caliente, al tiempo que me daba un suave sutil y prolongado beso. Luego entró de nuevo en mí de un solo empuje, yo clavé las uñas en sus hombros al sentirlo tan profundo, jadeé cuando una vez más él se desboca en mi interior, provocándome una mezcla de goce y dolor que me tenía delirando.

El placer se disparó a través de mi cuerpo una vez más, rápido y voraz; gemí y empujé las caderas hacia arriba para estar más cerca de él. Estaba al borde, podía sentirlo en cada palpitación que recorría mi cuerpo, nuestras miradas se encontraron, anclándose la una en la otra y solo eso bastó para hacerme estallar.

—¡Damiano! —grité su nombre en la cima del placer.

En la garganta de su amante resonó un gruñido cuando profundizó el beso, con las caderas me urgió para que abriera más mis piernas y lo hice sin dudarlo. Gemí al sentir como él se deslizaba entre la calidez y la húmeda que colmaba mi centro, para después estallar con poderosos espasmos en mi interior.

—Joder… Susan… Joder —murmuró contra la piel sudada de mi cuerpo y luego buscó mis labios para besarme con tanta intensidad que me dejó sin aliento.

Me sentí en medio de nubes, tan liviana y con una sensación de paz que nunca había experimentado. Él rodó para quedar a mi lado y liberarme de su peso, se quitó el preservativo y lo anudó para luego lanzarlo al cesto de la basura que estaba cerca.

Nos quedamos mirando en silencio, a pesar de que yo sentía que tenía tantas cosas para decirle, no me atrevía a esbozar ninguna. Debía tener claro que lo nuestro no era más que un acuerdo y que lo que acababa de pasar entre los dos, seguramente para él no era más que sexo.

Sin embargo, la manera en que me miraba y me acariciaba me hacía sentir especial, era tan cariñoso, en ese momento no había rastro del mafioso cruel y frío que había conocido en Italia; por el contrario, me parecía un hombre capaz de amar y de entregarse por completo.

Damiano se apoderó de mi boca una vez más y yo que con él me sentía insaciable, no dudé en responderle al beso, me sujetó por la cintura para ponerme encima de su cuerpo. Gemí cuando sentí sus manos apretándome la espalda, después bajaron por mi cintura hasta posarse en mis nalgas y apretarlas con fuerza, mientras hacía que nuestras pelvis se rozaran.

—Quiero follarte de nuevo —susurró contra mis labios y luego los mordió suavemente.

—Hazlo —respondí haciendo lo mismo.

Miré cómo cogía el segundo preservativo y esta vez le ayudé a ponérselo, no sin antes masturbarlo un poco para que ganara firmeza. Él vio mi intención de ser quien estuviera arriba esta vez y me complació con una sonrisa. Me olvidé del acuerdo, del peligroso mundo donde se movía, de mi deseo de cuidar de mi corazón. Solo me rendí a lo que sentía en ese momento por ese hombre.

Después de unos minutos caí suavemente en sus brazos, agotada y extasiada de tanto placer. Me acosté sobre su fuerte pecho, la habitación estaba iluminada por la luz de la luna y el aroma a sexo seguía flotando en el aire.

—Buenas noches, Calamità —susurró él dándome un beso en el cabello.

—¿Qué significa eso? —pregunté medio dormida.

—Catástrofe.

—¿Y por qué soy una catástrofe? —pregunté, curiosa y ofendida.

—Porque solo una catástrofe podría enamorar a un hombre como yo.

Sus palabras hicieron que la llama de una ilusión se encendiera dentro de mi pecho, pues de si verdad él estaba enamorado de mí, eso cambiaba todo. Ya había aceptado que estaba enamorada de él y si ese sentimiento era mutuo, lucharía porque un futuro juntos fuese posible y poder tener más noches tan inolvidables como esta.

Capítulo 16 - Enamorarse de él

Un viento fresco acarició mi piel, haciéndome temblar, así que me cubrí bajo la manta de raso, de inmediato el olor de Damiano me envolvió. Sentí su cuerpo moviéndose a mi lado y preferí no levantarme ni abrir los ojos, era mejor idea hacerse el dormido porque al menos podría evitar una discusión incómoda.

—Sé que estás despierta, Susan —susurró con una voz ronca cerca de mi oído izquierdo.

Entonces me puse de lado, de cara a él. No parecía un malvado mafioso italiano cuya vida estaba salpicada de sexo, dinero y alcohol. No, parecía tranquilo, calmado y sereno. Me gustaba este lado de él.

Tenía los ojos cerrados, la barba le había crecido un poco, sus labios seguían tan sonrojados como el día anterior. Le observé durante varios minutos, con mis dedos recorriendo su mandíbula, mi aliento rozando su cara. Admiré la vista que tenía ante mí porque sabía que era rara, en todos los dos meses que llevamos juntos nunca había tenido este grado de intimidad, y no sabía cuánto nos duraría, si lo de sucedido entre nosotros iba a cambiar en algo la relación o si en unos minutos tendríamos que separarnos e ignorar esa necesidad de estar cerca el uno del otro.

Suspiré, sin quitarle los ojos de encima, él sonrió con los ojos cerrados, como un niño travieso, mientras yo lo admiraba, observando cada detalle como si quisiera memorizar la suavidad de su piel, los rasgos de su rostro y la perversidad de su mente. Y entonces, en ese preciso momento en el que admiraba el contorno de su pelo aureolado, lo supe. Lo entendí.

Le quería.

Era una gran certeza, le quería y eso es todo. Fue como ser golpeada en la cara por una ola de agua salada, fue como saltar al vacío sin siquiera tener miedo, fue el tipo de amor que atraviesa el corazón y marca el alma. El tipo de amor que te vuelve loca, el tipo de amor que duele.

Y no pude evitar caer, aunque dentro de mi pecho sentía un gran temor, porque no sabía si él estaría allí para amortiguar mi caída. Lo de anoche había sido maravilloso, intenso e íntimo, me había entregado de una manera en la que no me le había dado a nadie; sin embargo, no podía alejar de mí, de que al final, solamente yo saldría herida, aplastada, destruida, si él no sentía lo mismo.

Sin embargo, seguía esperando. Mantuve la esperanza, aunque fuera como desear que lloviera en medio del desierto. Seguí esperando porque bien dicen que la esperanza es lo ultimo que se pierde y porque yo ansiaba como nada, que él me correspondiera.

Pero amar con esta intensidad a un hombre no era algo fácil para mí. El amor había vuelto loca a mi madre, convirtiendo a mi padre en un hombre destruido. No podría decir si era amor u odio o simplemente los efectos de las drogas, pero un día mi madre llegó a casa, hizo las maletas y cuando mi padre intentó desesperadamente que se quedara, le disparó.

Entonces me miró y fue como si sus ojos me contaran todo el dolor y el sufrimiento de su vida, fue como si sus ojos me rogaran que la perdonara por lo que iba a hacer. Se puso la pistola en la cabeza, con su mirada aún fija en la mía, y sin ningún remordimiento, apretó el gatillo.

Y mientras su cuerpo caía al suelo, también lo hacían mis sueños, llevándose con ellos cualquier pizca de alegría e inocencia que estuviera sellada a mi alma. A pesar de la herida, mi

padre había sobrevivido. pero interiormente, había muerto en el momento en que le apuntó con su arma a mi madre. Así que sí, no es fácil para mí amar.

Pero aquí estaba, unos meses después de conocer a ese arrogante bastardo de Damiano Materazzi, me di cuenta de que lo amaba. Y por eso me era imposible odiarlo, no importaba lo que hiciera o lo que dijera, simplemente no podía odiarlo. No importaba cuántas mentiras me dijera, todo lo que tenía que hacer era mostrar una sonrisa para que yo creyera cualquier mentira ridícula que se inventara.

Excepto que no puedes amar a un hombre así. No puedes amar a un hombre roto y oscuro. Entonces, ¿por qué la idea de dejarlo hace que me duela el corazón? Tal vez porque yo también estoy rota...

Abrió lentamente los ojos y de inmediato un par de iris negros como el ébano me deslumbraron, pero esa sonrisa que mostró luego definitivamente fue mi perdición y se me escapó un suspiro.

—¿En qué estás pensando?

—En ti —respondí con sinceridad.

—Bueno, ya sabía que tenías sueños eróticos conmigo, gatita —dijo en tono arrogante y me acarició el cuello, hasta bajar por mi hombro, haciéndome temblar.

Puse los ojos en blanco, pero una sonrisa divertida se dibujó en mi cara y enseguida pude sentir como mis mejillas se encendía por el sonrojo.

—Los únicos sueños que tengo contigo implican una escena en la que te corto el cuello —dije para no verme tan expuesta ante él, porque tenía razón, había soñado muchas veces con todo lo que vivimos anoche.

—Ouch. Me acabas de romper el corazón —respondió irónicamente, con la mano derecha puesta sobre su corazón como si sufriera internamente.

Su encanto me hizo sonreír, pero de repente me puse seria al recordar los acontecimientos del día anterior.

—Damiano, sobre lo de anoche con tu primo...—empecé.

De inmediato se puso serio y alejó la mano de mi cuello, apartándome también y toda la calidez que sentía se por reemplazada por una frialdad que me hizo estremecer, mientras Damiano levantaba un muro invisible entre los dos.

—No tienes que justificarte. Tienes derecho a salir con quien quieras, no es asunto mío —contestó secamente.

—Solo estaba...

—Te dije que no tienes que justificar tus acciones. —Me dio la espalda, dándome a entender que sería durmiendo—. Solo intenta ser más discreta la próxima vez que decidas besar a otro que no sea tu prometido. Recuerda que nos vamos a casar en solo cuatro meses —me cortó, esta vez su tono también detectaba rabia.

Escondí la expresión de dolor que ahora estaba pintada en mi rostro, me sentía tan estúpida por pensar que lo que había sucedido entre los dos, podía cambiar en algo la relación que teníamos. Me levanté al sentir que me estaban ahogando los sollozos, tiré de una de las sábanas y me cubrí para entrar al baño.

Capítulo 17 – Arrepentimiento

En cuanto cerré la puerta, caminé de prisa hasta la dicha y abrí la regadera, esperaba que el sonido ahogara los sollozos que no pude guardarme más. Estaba furiosa con Damiano, pero; sobre todo, estaba furiosa conmigo por dejarme llevar y entregarme a él, por haberme enamorado como una estúpida de un hombre para quien solo era una pieza más en su tablero, a la que usaría y desecharía.

Usé mi rabia para dejar de llorar, no quería que él viera que me había afectado, me puse un albornoz y cepillé mis dientes con los productos que dejó el servicio sobre el lavabo. Cuando me sentí lista, respiré profundo y salí del baño con una pose altiva, apenas le eché un vistazo y caminé hasta donde estaba mi ropa tirada.

No había traído nada más, así que me puse el mismo vestido, guardé las bragas en mi cartera y luego caminé hacia la puerta. En ese momento, Damiano que estaba golpeando frenéticamente la pantalla de su teléfono, alzó la mirada y la posó en mí.

—¿A dónde vas? —preguntó con el ceño fruncido.

—Necesito algo para la resaca, así que estaré en el bar si me necesitas —respondí brevemente.

—Puedes pedir servicio a la habitación.

—No, prefiero bajar —dije sin mirarlo.

—De acuerdo, me reuniré contigo cuando esté listo —respondió y volvió a mirar en su teléfono

Salí de la habitación y me dirigí al ascensor, las puertas estaban a punto de cerrarse cuando una mano hizo clic en el botón metálico. Levanté la vista y un joven que no debía llegar a los treinta años, me sonreía.

—Lo siento, tenía prisa —me explicó y yo solo asentí.

—Daniel, encantado de conocerte —añadió, tendiendo la mano con una sonrisa coqueta.

—Nina —sonreí, no iba a dar mi verdadero nombre a un desconocido solo porque fuera más o menos atractivo.

El ascensor llegó por fin a la planta baja y me dirigí al bar, necesitaba una puta copa. Creo que incluso oí a Daniel decir algo, pero no estaba escuchando por la sencilla razón de que, fuera lo que fuera lo que dijera, no me interesaba.

—Un güisqui solo, por favor —le dije al barman y me senté en una de las butacas de la barra.

—Yo quiero lo mismo —dijo alguien a mi lado.

Giré la cabeza y vi a Daniel, el chico del ascensor, sentado a mi derecha con una sonrisa tonta en la cara. Puse los ojos en blanco, claramente molesta por su presencia.

—¿Qué quieres? —Fui directo al grano, no estaba para flirteos en ese momento.

—¿Yo? Solo quiero invitar a una chica guapa a una copa —dijo, guiñándome un ojo

—Hay una tonelada de chicas guapas en este bar a las que les encantaría escucharte, pero por desgracia para ti, yo no soy una de ellas —le contesté con tono severo, qué mala puedo ser a veces.

—De hecho, la única persona a la que ella le aceptaría un trago es a su prometido. Ese soy yo —dijo una voz detrás de mí, una voz que conocía demasiado bien.

—Oh, lo siento —se disculpó Daniel.

Damiano le dirigió una mirada de odio antes de agarrarme de la muñeca y llevarme a un lugar apartado del exterior. Parecía enfadado, muy enfadado.

—No puedes evitarlo, ¿verdad? Tienes que atraer a todos los hombres hacia ti y coquetear con ellos como si fuese un puto juego —dijo con los dientes apretados.

—¿De qué estás hablando? —pregunté, confundida e irritada por su actitud.

—¿De qué habló? Primero fue Alexander y ahora este tipo aquí, ¿intentas ponerme celoso o algo así? —cuestionó, con la voz impregnada de veneno.

—¿Perdón? —Lo miré asombrada e intenté alejarme.

—¿Acaso estás tratando de ponerme celoso? —preguntó reforzando el agarre en mi muñeca.

—¡Por favor! No seas idiota, no estoy tratando de hacer nada. ¡Sabía que eras bipolar, pero no paranoico! ——Lo miro con rabia y levanto la mano para impedirle que hable. Necesito desahogarme—. Te pasas todo el tiempo susurrándome al oído, tentándome con tus besos, regalándome pequeñas sonrisas, haciéndome sentir especial, me das una noche de sexo increíble, pero en cuanto despiertas te conviertes en un monstruo frío que no hace más que alejarme y herir mis sentimientos. Así que no te sorprendas si busco afecto en otra parte cuando no me lo das —respondí, con lágrimas en los ojos.

—Susan...—comenzó.

—¡No! Ni siquiera lo intentes, esta vez no funcionará. Estoy cansada de jugar a este juego furtivo en el que siempre soy la que pierde y sale perjudicada. Estoy cansada de pretender que todo es normal.

—¿Pretender? —preguntó desconcertado.

—Sí, estoy cansada de fingir que lo que siento no es real. No puedo seguir interpretando el papel de tu querida prometida que está locamente enamorada de ti porque estoy empezando a confundir las mentiras con la realidad. Necesito saber qué es verdadero y qué es falso.

—Entonces déjame demostrarle lo que en verdad es real —dice, acercándose a mí. No dije nada, sin entender de qué estaba hablando. Tomó mis manos entre las suyas y me miró a los ojos con tanta intensidad que todo mu cuerpo tembló—. Esto es lo que —dijo y me besó ferozmente.

Capítulo 18 - Déjà vu

Después de un momento que me pareció muy breve, Damiano me soltó suavemente y me dejó deseando más de sus besos, su mano aún sostenía la mía. Me miró, pero no dijo nada, simplemente se limitó a mirarme a los ojos como si quisiera saber exactamente qué tono de azul tenían.

Lo hacía como si algo le hubiera cautivado, como si fuera prisionero de mi mirada, igual que yo lo era de la suya. Sonrió, y no pude evitar sonrojarme ni corresponder a su sonrisa, sentía una emoción distinta correr por mi cuerpo y mis latidos cada vez eran más fuertes.

Me di cuenta de que habíamos atraído algunas miradas curiosas, que con disimulo nos observaban y comencé a sentirme incómoda. Damiano se dio cuenta de mi malestar, así que me cogió la mano y me acercó a él regalándome una sonrisa tranquilizadora.

Me pregunté en pensamientos por qué me había besado y qué quería decir con eso de «Esto es lo que es» Ya no sé qué esperar con él, un minuto estás volando más alto que las nubes y al siguiente te estrellas contra el suelo.

Así era Damiano, oscuro y atormentado, pero también sincero, apasionado y podría decir que un poco cariñoso, todo eso me lo había demostrado la noche anterior. Y por amor estaba dispuesta a lidiar con ello, lo haría porque me gustaba estar a su lado y lo que me hacía sentir, lo haría porque lo amaba.

Antes de que todo esto ocurriera, en mi vida nunca pasaba nada interesante, solo me dejaba llevar por la corriente y sentía que no iba a ningún lado, no me sentía realmente realizada. Siempre buscaba la cosa más pequeña que pudiera cambiar mi vida sin saber que podía ser una persona… Y esa persona era Damiano.

Así que estaba dispuesta a sufrir sus cambios de temperamento, sus celos enfermizos, su sobreprotección y seguiría adelante con su plan, haría todo eso por la simple razón de que lo amaba. Y no me importaba que no me amara de la misma manera, seguía sintiéndome afortunada por haberle conocido y descubierto de diferentes maneras; además, siempre quedaba la posibilidad de que él llegase a amarme también, sé que eso no era un imposible.

El beso que acabábamos de compartir me confirmó que sentía algo por mí. No fue un beso frío ni lleno de deseo. No, fue un beso ardiente y desesperado. Como si estuviera cansado de jugar a estos juegos y solo quisiera besarme para demostrarme algo.

—Susan, tengo que atender algo importante en este momento, pero reúnete conmigo esta noche en el parque donde nos reencontramos y te pedí que me dieras una segunda oportunidad —mencionó Damiano, interrumpiendo mis pensamientos y me sostenía la cara con las manos.

Pensé por un momento en recordar de qué parque se trataba. Entonces supe que estaba hablando del parque donde había tropezado con la niña, donde me había pedido que nos viéramos para cenar.

—De acuerdo —logré decir a pesar de que todavía estaba aturdida por lo que había sucedido minutos antes.

—Te espero allí a las 7:30 —dijo sonriendo.

Solo asentí con la cabeza para mostrar que estaba de acuerdo. Damiano se alejó con una sonrisa todavía en la cara, yo me quedé allí con una sonrisa tonta en los labios, mientras lo veía alejarse tan varonil y seductor como siempre, suspiré con ensoñación y cambié el güisque por un

zumo de toronja, eso también me ayudaría con la resaca.

Después de un momento vi a uno de los hombres de seguridad de Damiano, entrar al bar y se acercó para decirme que esperaba estaba allí para llevarme a la casa. Suspiré y busqué en mi bolso para pagar, pero el barman me dijo que ya había sido cargado a la cuenta de mi prometido; le agradecí y luego salí en compañía del guardaespaldas.

◆◆◆

Eran las 19:28 cuando el conductor me dejó en el parque, apenas estaba iluminado y vacío, pero el ambiente era encantador. Me sentía inusualmente nerviosa, en todo el día no pude sacar de mi cabeza lo que había vivido con Damiano, y me intrigaba mucho esa invitación.

El chofer me abrió la puerta y me ayudó a bajar del auto, le sonreía y luego me erguí cuando alta era, pasé las manos por mi atuendo, un hermoso vestido blanco que se ajustaba a mi cuerpo como un guante y me llegaba por encima de las rodillas. Recordé que Damiano dijo lo mucho que le gustaba verme en ese color, así que no dudé en lucirlo para él esa noche. Avancé y vi un pequeño quiosco decorado con varias flores y bellamente iluminado con guirnaldas de lámparas.

Él estaba allí y de inmediato sentí que mariposas revoloteaban en mi estómago, mi corazón también se aceleró y las piernas comenzaron a temblarme. Todas esas emociones ahora tenían sentido, eran provocadas por el amor que Damiano había despertado en mí.

Paseé la mirada por su cuerpo, llevaba un sencillo traje negro, con camisa blanca y pajarita, que le quedaba perfecto. Decir que era guapo sería quedarse corto, la visión se había robado mis suspiros. Me acerqué a él y, en cuanto nuestras miradas se cruzaron, sonrió de una manera que mis piernas se volvieron de goma.

—Estás muy guapa —susurró mirándome de pies a cabeza mientras sonreía.

—Gracias —respondí, sonrojada.

Me puso la mano en la parte baja de la cintura y me guio hasta una mesa bellamente decorada con un mantel blanco, velas y un delicado arreglo de rosas rojas en el centro. Corrió la silla para que me sentara y luego posó su mirada en mí, haciéndome sentir más nerviosa de lo que había estado nunca en su presencia. Sentía la necesidad de llenar el silencio, pero en cuanto separé mis labios para decir algo, un camarero se acercó a nosotros y nos sirvió dos copas de champaña.

—Brindemos —sugirió Damiano, sonriéndome.

—¿Por qué? —pregunté y mi voz tembló, delatando que estaba nerviosa.

—Por nosotros, por una velada especial… inolvidable.

Alzamos y chocamos nuestras copas mientras sonreíamos, él bebió un gran trago y me miró mientras yo le daba apenas un sorbo a la champaña. Su mirada me hizo recordar la manera en la que me veía la noche anterior, mientras se hundía en mí con intensidad, eso me hizo temblar. De inmediato dejé la copa sobre la mesa y oculté la mano para que Damiano no notara que estaba temblando.

La cena transcurrió perfectamente, nos reímos y contamos historias sobre nuestra infancia y momentos embarazosos de nuestras vidas. Estaba empezando a conocerlo, y eso avivaba mi esperanza de tener un futuro como a él como una verdadera esposa, no solo como una fachada sino como la mujer que podía enamorarlo.

De pronto, dejó de hablar y empezó a mirarme de arriba abajo, con las pupilas dilatadas y los ojos llenos de deseo. Sentí que un fuego ardía dentro de mí, ese mismo que la noche anterior me hizo olvidarme de mis miedos y entregarme a él por completo.

—Deberías vestir de blanco más a menudo, te sienta muy bien —susurró con voz ronca pero controlada.

—Gracias… A ti te luce el color negro, va bien con tu aura misteriosa —digo sonriendo.

—Claro… compagina con la oscuridad que rodea a los hombres de mafia, ¿no? —pregunta con una sonrisa torcida y su mirada se vuelve seria.

—Yo… lo siento, no debí mencionar algo así, fue grosero de mi parte —murmuré avergonzada.

—No tienes que disculparte, Susan… Estoy claro en lo que soy y no es algo que me ofende, simplemente fue lo que me tocó en la vida… algunos son hijos de abogados, doctores, militares y siguen los pasos de sus padres… yo soy hijo de mafioso y heme aquí —dijo con amargura.

—Yo… no quise ofenderte —dije y de repente mis ojos se llenaron de lágrimas.

—No lo has hecho… —Me coge del mentón y me hace mirarlo a la cara—. Susan, hay muchas cosas que se me dan bien, pero abrirme a los demás no es una de ellas. Así que no sé cómo decirte que... Que me alegro de que me hayas tirado esa copa de vino tinto a la cara, si no lo hubieses hecho nunca te habría conocido y eso habría sido una verdadera catástrofe.

—Pensé que ya creía que lo era —dije sonriendo.

—Y así es, Calamità… Me irritas, me frustras, me desesperas, pero no me canso de ti. Siento la necesidad de tenerte cerca, de tocarte, de escucharte, de olerte, sentirte y me muero por hacerme mía una vez más, pero no solo por una noche, deseo mucho más de ti.

Abrí la boca para contestar, pero no salió ningún sonido, estaba conmocionada por su confesión. Le cogí la mano, dispuesta a confesarle mis sentimientos, pero el timbre de su teléfono resonó, destruyendo el mágico momento.

Capítulo 19 - Promesas

Damiano

Cogí mi teléfono y miré el nombre en la pantalla, enseguida maldije a Hank por llamarme justo cuando estaba haciendo mi «declaración» a Susan. Lo peor era que sabía que debía atender esta llamada porque le había pedido que averiguara algo muy importante.

—¿Qué sucede? —pregunté secamente.

—Damiano... tenemos un problema —respondió Hank, su voz sonaba preocupada.

—Habla rápido, estoy ocupado…

—Susan… ella está en peligro.

La sangre me corrió por el cuerpo y me puse rojo en un instante. Me aparté de la mesa para que mi prometida no escuchara nada.

—¿Qué quieres decir? —logré decir a pesar de la rabia que se había apoderado de mí.

—La han encontrado. Y la quieren. Viva o muerta.

—¡Mierda! Iré a verte y hablaremos, Hank no hables de esto con nadie más.

Corté inmediatamente, prefiriendo reunirme con él para hablar de ello cara a cara. Aun así, vi la mirada preocupada de Susan cuando me acerqué a ella.

—¿Sucede algo malo? —pregunta extendiéndome la mano para que me siente de nuevo.

—Lo siento, hermosa… Se ha presentado una emergencia y debo atenderla —dije brevemente, besando su frente—. El chofer te llevará a la casa, espérame allí por favor y mantén el teléfono cerca por si debo llamarte.

—Damiano… ¿Está todo bien? —la preocupación había ensombrecido su mirada.

—Sí, tengo todo bajo control, gatita.

Sonrío para tranquilizar y la beso con intensidad, porque el miedo a perderla empieza a torturarme, me obligo a alejarme de ella, cuando lo que en verdad deseo es quedarme a su lado y protegerla. Pero sé que para poder hacerlo debo hablar primero con Hank y que me ponga al tanto de lo que ha averiguado.

—Nos vemos en la casa —dijo y la veo asentir.

Le doy la espalda y camino hasta mi auto, no he traído guardaespaldas ni chofer, porque no se suponía que la noche acabara así. Me marcho, dejando a mi hermosa Susan junto al chofer y el guardaespaldas, aunque debería ser su príncipe azul quien cuide de ella. Pero yo no era un príncipe azul, era una bestia.

Un par de horas después, regresé a la casa, las luces estaban apagadas y reinaba el silencio; cuatro de mis hombres vigilaban la propiedad, pensé que no estaría de más contratar a dos que reforzaran la seguridad.

—Buenas noches, señor —saludó Luca en cuanto bajé del auto. Él era el jefe de la seguridad.

—Buenas noches, ¿alguna novedad? —pregunto con la mirada clavada en él.

—Ninguna, señor… Acabamos de darle una vuelta al perímetro y todo está igual que siempre. Su prometida subió a su habitación en cuanto llegó y no salió más.

—Bien, estén atentos —digo y camino hacia la casa.

Mientras subo las escaleras siento que un peso se ha instalado en mis hombros, un estado de alerta se ha apoderado de mi cuerpo, tensando mis músculos. Sin embargo, al entrar a la

habitación y ver a Susan durmiendo tan plácidamente, es como si todo eso desapareciera y solo pudiera ser consciente de ella y lo hermosa que se ve.

Lanzo la chaqueta sobre una silla y me acerco a ella despacio, como si tuviera miedo de que desapareciera, me dedicó a mirarla durante un momento, pero no puedo contener mi deseo de sentirla así que me meto a la cama y le acaricio suavemente la mejilla. Ella se remueve sintiendo mi presencia y se acerca a mí.

—Damiano… ¿Qué haces aquí? —pregunta con su voz ligeramente ronca.

Susan se frotaba los ojos y tenía una mirada confusa. Supongo que pensaría que seguiría con lo de las estúpidas reglas de no entrar en las habitaciones del otro. Yo sonrío y ella sigue mirándome con sus hermosos ojos azules, esos ojos que podían acallar mis demonios.

—No quería dejarte sola —respondí con una ligera sonrisa—. Así que pasaré la noche aquí —añadí.

—¿En serio? —preguntó, levantando la ceja izquierda, como si no me creyera.

—Sí, quiero estar a tu lado, gatita —respondí con la mayor normalidad posible

—¿Qué sucedió anoche, por qué me dejaste sola?

Me doy vuelta y salgo de la cama, no quiero que ella vea mis ojos y descubra lo que está ocurriendo, comiDamiano a caminar por la habitación, sintiéndome acorralado. De repente dejo de caminar y me quedo mirando un punto imaginario en la pared de enfrente. Recuerdo la discusión con Hank, la impotencia que sentí al saber que Susan estaba en peligro y mi urgente necesidad de proteger a la mujer que me había robado el corazón.

Ella no podía saberlo, no tenía por qué saberlo. Cuanto menos sepa, mejor. Porque a veces la ignorancia es la única manera de proteger a alguien y preservar su inocencia. Porque he aprendido que cuanto más sabemos del mundo, más se pervierte nuestra mente y se ensucian nuestros sentimientos con nuestros errores y remordimientos.

Maldita sea, Damiano, eres el descendiente y heredero de una de las mayores redes mafiosas de Nueva York, eres capaz de engañar a una chica. Eres capaz de decir cualquier cosa y ella debería creerte, me dije en pensamientos, pero cuando se trataba de Susan, las cosas eran diferentes y más complicadas, ella no era como los demás, era intuitiva, observadora y seguramente descubriría si le mentía, pero haría el intento con tal de protegerla.

—Tuve que ocuparme de un asunto en el trabajo. Uno de mis empleados se equivocó en las condiciones de un contrato. Pero ya está solucionado, no te preocupes —dije por fin, mientras me quitaba las mancuernas.

Me miró atentamente como si esperara que uno de mis rasgos faciales me traicionara y confesara que había mentido. Pero yo permanecí impasible, con mi mejor cara de póker, finalmente ella pareció relajarse, rodó en la cama para hacerme espacio y me extendió la mano con una sonrisa para invitarme a su lado.

—Está bien, pero...

—No hay ningún «pero» Susan. Tenía algunos asuntos que atender en el trabajo y ahí se acaba todo. Ahora deja de hacer preguntas —la corté mirándola con seriedad.

Vi que algo en sus ojos se apagaba, me odié por tener que hablarle de esa manera, pero era tan terca que era la única forma de que no se metiera.

Todavía me sentía culpable, así que decidí regresar a su lado, apoyé la cabeza en la suave almohada con su aroma y miré al techo. Ninguno de los dos abrió la boca. La habitación estaba en un silencio tranquilizador.

—¿Qué quieres de mí? —preguntó ella, con la garganta contraída, como si le doliera hablar.

—¿Qué quieres decir? —pregunté, frunciendo el ceño.

—¿Qué quieres de mí, Damiano? Dilo ahora, porque si seguimos así, caeré aún más profundo y no sé si podré salir de este abismo —explicó con los ojos llenos de lágrimas.

—Yo... yo...—tartamudeé, tratando de encontrar las palabras adecuadas, pero parecía imposible expresar lo que quería de ella, aunque ya lo sabía, la quería a mi lado para siempre, casarnos y tener una familia.

—Eso es lo que pensé... Ni siquiera sabes lo que quieres —respondió distante.

—Susan, te dije ayer que...

—¿Qué? ¿Tu bonito discurso? ¿El que hiciste antes de dejarme en medio de ese parque? —Se incorporó un poco para mirarme a los ojos—. Sabes qué, Damiano, si no puedes cumplir las promesas, no las hagas… No hagas crecer ilusiones que luego acaben en una pesadilla.

—¿Quieres que te haga una promesa? ¿Una que pueda mantener? —pregunté mirándola, ella se quedó en silencio y eso me dio a entender que quería que continuara—: Está bien, antes quiero decirte que no soy un buen hombre y estoy lejos de ser el hombre adecuado para una chica como tú, pero si tengo que prometerte algo, es esto: Siempre estaré a tu lado, no importa cuántas personas quieran separarnos, yo siempre estaré allí. Te lo prometo, Susan. Sólo necesito que me creas y que confíes en mí…, pero, sobre todo, necesito que me prometas que tú también estarás siempre para mí—respondí sin aliento.

Me miró un momento sin decir nada y por un momento pensé que me iba a decir que me perdiera. Pero me rodeó el cuello con sus brazos.

—Siempre estaré siempre para ti, Damiano —me susurró suavemente al oído.

Una nueva y maravillosa emoción estalló dentro de mi pecho, era la primera vez que me sentía de esa manera, que podía confiar en que existía alguien en el mundo que realmente estaría siempre a mi lado. La puse debajo de mi cuerpo y la besé con intensidad, tragando sus gemidos que me enloquecían y percibiendo ese delicioso temblor que la recorría, ella era tan suave, dulce y perfecta que no pude resistirme a la tentación, tenía que hacerla mía.

Capítulo 20 – La fuga

Susan

Se sintió abrumada por la fuerza con la que Damiano la besaba, era como si realmente necesitara de ella, como si fuese el aire que debía llenar sus pulmones y la sangre que hacía bombear su corazón, como si fuese vital para él. Cedió ante la demanda que le hacía con sus caderas y separó las piernas para dejar que se metiera entre sus muslos, ella no llevaba bragas, así que pudo sentir perfectamente la dura erección de él presionando su centro húmedo, inflamado y caliente, mientras gemía y se aferraba a su espalda.

—Susan… ¡Demonios, me vuelves loco! —expresó contra mi cuello mientras me masajeaba los senos y seguía moviendo su pelvis—. Quiero follarte de nuevo.

Su confesión me hizo gemir y sentí como la necesidad hacía temblar mi cuerpo y el deseo también me envolvía en una espesa neblina que se apoderaba de mi mente. Elevé mis caderas en una súplica silenciosa y le ofrecí mis labios para que los besara mientras lo miraba a los ojos.

—Quiero escucharlo… dime que tú también lo deseas.

—Damiano… —Tragué para pasar el nudo en mi garganta y lo miró fijamente, con la mezcla de deseo y temor atravesándome el pecho.

Santo cielo, él era el hombre más apuesto y sensual que había conocido, era poderoso, letal y peligroso, eso lo sabía. Así como también sabía que ya nada de eso me importaba, lo quería y estaba dispuesta a entregarme a él una y todas las veces que me lo pidiera, porque le amaba.

—Quiero ser tuya… Quiero que me hagas el amor —pedí con el corazón temblando de anhelo, pues mi petición implicaba mucho más que sexo, quería que él me amara.

—Lo haré, gatita… Te haré el amor —susurró deslizando con suavidad el pulgar por mi pezón duro como una piedra—. Seré tierno… o al menos lo intentaré, porque soy un hombre rudo… —Pasó su lengua por mis labios y sonrió con picardía—. Y en el sexo soy muy intenso, creo que pudiste verlo y sentirlo en el hotel… Esa es la manera en la que soy y si me deseas tendrá que ser con mis grises, mis claros y mis oscuros —añadió pellizcándome el pezón con fuerza, no al grado de lastimarme, pero sí con la intensidad para que me estremeciera.

—Sí… por favor… quiero que me hagas el amor, pero que también me folles… Fóllame, Damiano —pronuncié lo que sabía que él quería escuchar y lo encerré entre mis piernas.

—Te complaceré con gusto —Sonrió triunfante.

Me sentí desconcertada cuando lo vi alejarse de mí, pero un segundo después lo comprendí, buscó la billetera de su chaqueta y sacó los preservativos. Luego comenzó a desvestirse bajo mi atenta mirada, y a cada pedazo de piel que él me revelaba, yo deseaba besarlo, lamerlo y morderlo, por eso cuando se acercó, lo tumbé de espalda en la cama y me subí sobre él actuando como me había apodado, como una gatita.

Le miré a los ojos con una sonrisa coqueta y deslicé mi mano por su pecho, luego por su abdomen al tiempo que le besaba el cuello y ronroneaba. Él gimió y sonrió ante mi gesto, apretándome la cintura con sus poderosas manos, la mía llegó hasta su rígida y caliente erección, de inmediato comenzó a masturbarlo, le di un pico en los labios y luego bajé para tomarle con mi boca.

Le acaricié el glande con la lengua un par de veces, dejando que mi saliva lo lubricara primero, él gimió aprobando lo que hacía y me animó alzando las caderas. Le sonreí y separé mis

labios para llevarle dentro de mi boca, pude sentir su sabor salado, su intimidante grosor y su peso sobre mi lengua, mientras le acariciaba los tensos testículos con mis dedos. Cerré los ojos y empecé con un ritmo lento, pero profundo, ronroneando cuando lo sentía en mi garganta.

—Joder… Susan… me estás volviendo loco.

Sonreír con satisfacción y lo miré a los ojos con lujuria, él me había vuelto loca la otra noche y estaba bien que tuviera el poder para ponerlo en la misma situación, llevarlo hasta el límite. Sin embargo, también sentía que estaba al borde, sentirlo como palpitaba contra mi lengua y como crecía cada vez más, hacía que lo quisiera llenando mi sexo, por lo que intenté alejarme.

—Sigue… Susan, cómeme la polla… Llévala hasta el fondo, hazlo… —Damiano aferró la mano sobre mi nuca y me mantuvo allí, exigiéndome que continuara.

Nunca había dejado que se corrieran en mi boca y no sé si estaba lista para dejar que Damiano lo hiciera, era cierto que él me gustaba más que los dos amantes que había tenido, pero en el fondo seguía siendo algo puritana en ese aspecto. Lo sentí vibrar y vi cómo sus músculos se tensaban, anunciándome que se correría, así que con rapidez me liberé de él y me alejé dejando justo al borde.

—¿Qué carajos? ¡Susan!... ¿Por qué me dejas así? —preguntó entre molesto y desconcertado.

—No estoy lista para esto… —murmuré apenada.

—¿Para qué? —preguntó con el ceño fruncido, pero luego se relajó y soltó un suspiro. Supongo que mi actitud le dio la respuesta—. ¿Nunca has bebido a un hombre? —preguntó con asombro mientras me miraba fijamente.

—No… —volví a murmurar, sin mirarlo—. Nunca.

—Ven aquí… —Me extendió los brazos para que me acercara a él. Lo hice sin dudarlo y me sentí bien cuando me envolvió con sus brazos—. Mírame… Me haría muy feliz ser el primero, pero eso solo sucederá cuando te sientas listas… Quiero que tú también lo disfrutes.

Sonreí con emoción y lo besé para agradecerle que fuese tan especial; después de todo, ese hombre rudo no solo era oscuridad, como me dijo, también tenía claros. Damiano me puso debajo de su cuerpo y me devoró la boca sin importarte que aún su sabor estuviese impregnado en mi lengua; me separó las piernas y lentamente entró en mí.

Agarrándome firmemente por las caderas, Damiano marcó el ritmo y la profundidad de sus penetraciones, muy lento a momentos y demasiado rápido en otros, pero siempre profundos. Solo eso bastaba para convertirme en una masa temblorosa y jadeante, que solo gemía pidiendo más.

Mi cuerpo estaba empapado en sudor, me resbalaba por el vientre, por la espalda, en medio de mis senos y mis piernas, que cada vez temblaban más; de pronto él salió de mí, dejándome justo a las puertas del orgasmo.

—Damiano —gemí en protesta.

—La venganza es dulce, gatita —dijo sonriendo.

Se enderezó y me pellizcó el pezón con los dientes, para luego chuparlo con suavidad. La doble sensación de placer y dolor atravesaron mi cuerpo con fuerza y grité.

—Por favor… Damiano… lo necesito —supliqué mirándolo a los ojos—. Necesito correrme —dije sin pudor, a esas alturas lo único que me importaba era mi liberación.

—Y lo harás, gatita… te vas a correr como nunca lo has hecho —aseguró mirándome con intensidad.

Se puso de rodillas en la cama y me sujetó por los brazos para levantarme, me besó rápidamente y luego me giró para ponerme de espalda. Apoyó la mano entre mis omoplatos y otra en mi cintura, luego me hizo bajar el torso hasta recostarme en la cama; esa posición me

dejaba con todo el culo en pompa y complemente expuesta.

Me quedé sin aliento cuando Damiano se sumergió profundamente en mi interior de una sola estoca; todo mi cuerpo se estremeció y sollocé, aferrándome a las sábanas. Se quedó quieto y me acarició la espalda, luego retomó sus movimientos con golpes largos y lentos que multiplicaron la fricción y mi cuerpo se sacudió por el placer.

Damiano comenzó a invadirme de nuevo con un ritmo duro y constante, que hizo que la cabeza me diera vueltas y que me ardiera el cuerpo. Sabía que esta vez no habría nada que detuviera el orgasmo que amenazaba con atraparme y llevar a alturas en las que tal vez nunca había estado.

Eso fue justo lo que sucedió cuando Damiano, me dio un beso en la nuca y me acarició suavemente el capullo, con ese toque mágico que me liberó y me dio el mejor orgasmo que había tenido, justo como lo había prometido. Mientras él mismo se dejaba caer sobre mi espalda y temblaba descargándose muy profundo dentro de mí, marcándome como suya y haciéndome sentir que estábamos unidos, verdaderamente unidos.

Nos tumbamos en la cama con las respiraciones agitadas, los cuerpos sudados y temblorosos, Damiano buscó mis labios y me besó con ternura. Sí, habíamos follado, pero también hicimos el amor. Después de ese maravilloso beso no supe más de mí, el sueño me atrapó cuando todavía estaba envuelva en la neblina del placer y entre los brazos del hombre que amaba.

Damiano

El timbre de mi teléfono retumbó en la habitación e hizo que me despertara sobresaltado, de inmediato lo busqué, tanteando frenéticamente entre las sábanas. ¿Dónde está el maldito teléfono? Abrí los ojos y recordé que me había quedado dormido en la habitación de Susan, una vez más amanecía junto a ella, me volví para buscarla, pero no la vi y me asusté; sin embargo, el alivio me llenó de golpe, cuando escuché el agua corriendo en el baño y la imaginé bañándose.

De inmediato me sentí tentado en ir a acompañarla, pero entonces mi teléfono sonó una vez más, lo recogí ya que, de alguna manera, había acabado en la alfombra. No me molesté en ver a la persona que me llamaba, solo deslicé el dedo por la pantalla y me lo llevé a la oreja.

—¿Qué? —respondí con un tono cortante.

—Oh, cálmate, Damiano. Esa no es forma de hablar con tu suegro —dijo la voz al otro lado del teléfono.

Sabía exactamente quién era, así que echó un vistazo hacia la puerta del baño para comprobar que está cerrada. Luego se levantó y sin importarme estar desnudo, salgo al pasillo para evitar que Susan escuché la conversación.

—¿Qué quieres? —pregunté entre dientes.

—¿Qué quiero? Creo que eso ya lo sabes, a mi hija, por supuesto. Y parte de tu fortuna también, pero eso lo discutiremos después —se rio el hombre.

—¡Eres un maldito! Nunca has estado a su lado, así que ¿por qué de repente estás interesado en ella?

—Es algo complicado...—comenzó.

—¡No! Un buen padre jamás abandona a sus hijos… Fuiste un miserable y no dejaré que te acerques a ella.

—¡Es mi hija! —respondió encolerizado.

—¡La crio Carlton, que ni siquiera es su padre biológico, porque tú la abandonaste! —Le recrimino, ahora estoy al tanto de la historia y me enfurece que él quiera regresar y lastimarla de

nuevo—. Nunca te verá cómo su padre por la sencilla razón de que nunca estuviste ahí para ella así que no creas que voy a dejarte entrar en su vida y la perturbes —le amenazo directamente.

—Ya te lo he dicho, no tengo nada que hablar de momento contigo, pero que te quede claro que voy a recuperar a mi hija, así que dale recuerdos a Susan —dijo después de un largo silencio y se cortó.

Suspiré, pasándome la mano por el pelo con desesperación, odio sentirme de manos atadas, mucho más ahora que le he hecho una promesa a Susan. Debo encontrar la manera de mantener a ese maldito infeliz, alejado de ella. Cualquier forma para ganar tiempo y evitar que el padre biológico de Susan se acerque a ella y nos separe, porque estoy seguro de que lo hará, él odia a mi familia y jamás permitirá que su heredera se casé conmigo.

Me obligo a calmarme y regreso a la habitación, tengo que actuar normal si no quiero que Susan sospeche que algo sucede. La puerta del baño se abrió y ella salió con una sonrisa en la cara. Llevaba mi jersey blanco y unos simples pantalones cortos, sin embargo, estaba preciosa.

—¿Con quién estabas hablando? —preguntó, mirándome con curiosidad.

—Estaba reservando los billetes —mentí.

—¿Los billetes? —preguntó ella, confundida.

—Sí. He pensado que podríamos pasar unos días en Italia, en mi pueblo natal. Solo para alejarnos de todo este mundo y pasar más tiempo juntos —respondí.

Una enorme sonrisa se dibujó en su rostro y saltó a mis brazos con un chillido de emoción.

—Eso realmente me encantaría, Damiano —me dijo al oído, luego me miró y me dio un suave beso en los labios.

—Bien, entonces nos fugaremos a Italia hoy mismo.

Este sería el plan de respaldo. Ese viaje nos dará un poco más de tiempo y podré salvarla de todos los horrores de su pasado. Podría salvarla de su padre.

La besé con intensidad y lamenté que ya se hubiese vestido, con gusto la hubiera arrastrado una vez más hasta el baño para hacerle el amor debajo de la ducha. Siempre podía persuadirla para que me acompañara, pero entonces recordé mi plan, era mejor ponerme en ello y contarle la idea a Hank, seguramente la consideraría adecuada.

Capítulo 21 - Secretos

Susan

Damiano me había llevado a su pueblo natal en el sur de Italia, nos alojamos con su abuela llamada Adelina. Era la abuela perfecta que aprecia a sus nietos y hace una comida deliciosa.

Esa última semana fue realmente especial, no sólo porque Damiano y yo nos acercamos, sino porque de repente la vida se volvió dulce. No hay tormento, no hay preocupación, no hay ansiedad.

Era como si el mar embravecido se hubiera calmado por fin y se hubiera convertido en un lago, encarnando la calma absoluta.

Pero tenía la sensación de que esta calma absoluta se vería pronto alterada. Sacudí la cabeza e intenté convencerme de que todo iría bien, que las ambos mantendríamos las promesas que nos hicimos.

A menudo me preocupo por nada y arruino los momentos especiales, como ese que vivíamos.

Estaba atrapada entre sus dos piernas mientras él me hacía cosquillas y ya llevaba tres minutos riéndome. Los dos estábamos tumbados en la hierba, disfrutando del sol.

—Basta, he dicho —grité, soltando una carcajada.

—¡Nunca! —contestó Damiano mientras me tiraba al suelo de nuevo y antes de que proteste me besa con pasión.

Gimo envolviéndolo con mis brazos y sintiendo su poderoso cuerpo apretarse contra mía, esa sensación es maravillosa, es como si realmente fuésemos el uno del otro.

—La nonna nos regañará si ve que andamos haciendo travesuras —dijo con un tono pícaro y me acarició seno.

—¿Travesuras? —pregunto en un tono coqueto y me remuevo debajo de él para tentarlo.

—Susan… —mi nombre sale de sus labios como una advertencia, pero puedo ver el deseo en su mirada.

—¿Qué? —Parpadeo con inocencia.

—Sé bien a lo que estás jugando —dice y me muerdo el labio para tentarlo un poco más—. Me vas a volver loco, gatita —murmura contra mis labios y hace como si fuera a besarme, pero terminaba alejándose y se pone de pie.

—¿Vas a dejarme así? —pregunto con desconcierto.

—Sí… aunque solo será por ahora… Mi abuela tiene un oído maravilloso para su edad y escucharía todo lo que hacemos, así que tendremos que esperar a que se duerma —explica con una sonrisa.

Yo suspiro con desgano y me dejó caer de nuevo en la hierba, mientras miro el hermoso cielo italiano. Me siento frustrada por no poder continuar con nuestro juego, pero al imaginar que Adelina pueda escucharnos, me lleno de vergüenza y me sonrojo ferozmente.

—¿Vienes? —pregunta Damiano, tendiéndome la mano.

—Sí, sí voy —respondí con una sonrisa.

Lo miré intensamente mientras caminaba hacia la casa y no pudo contener ese suspiro que su belleza me arrebató.

No diría que soy una romántica, pero no me cansaba de él. Todo me recordaba a él, ya fuera

el brillo del cielo durante el día o la oscuridad de la noche, ya fuera un simple olor o un pesado silencio, todo me llevaba a él.

A veces me despierto en mitad de la noche y me pregunto cómo sería mi vida si no se hubiera comportado como un completo idiota el día de la boda de mi prima.

Cuando lo conocí y sus ojos se encontraron con los míos, no tenía ni idea de que sería tan importante para mí.

No tenía ni idea de lo grande que iba a ser todo. Algunos lo llamarían ingenuidad y otros, pura estupidez. Tal vez sean las dos cosas, pero no me arrepiento de haberle tirado la bebida a la cara.

Pero si le quería tanto. Entonces, ¿por qué esta sensación de ansiedad no quería desaparecer? ¿Por qué tenía la sensación de que todo iba a salir mal? ¿Que todo acabaría en ruinas y yo estaría sola entre los escombros?

Suspiré mientras miraba al cielo, se hacía tarde y era hora de cenar. Me levanté lentamente y caminé hacia la hermosa casa, entré en la cocina y vi una multitud de platos tradicionales sobre la mesa. Adelina era la mejor cocinera del mundo, ahora entiendo por qué Damiano es tan buen cocinero, ella le había enseñado.

Los aromas me envolvieron, realmente olía delicioso y me despertó el apetito, le eché un vistazo a lo que se horneaba, pero ni siquiera acerqué la mano porque me falta de talento para la cocina podía arruinarlo.

Adelina estaba tan contenta de que hubiéramos venido, que nos dijo que, desde la muerte del abuelo de Damiano, la vida se había vuelto sosa y aburrida, que la soledad le resultaba abrumadora.

Por lo que disfruta de nuestra compañía y de cocinar para nosotros, lo que hacía casi todo el tiempo. Me extrañó no verla allí ya que jamás abandona la cocina cuando prepara algo, caminé hacia el salón y tampoco estaban y había un silencio poco habitual en la casa.

—¡Adelina! —exclamé, buscándola, pero no obtuve respuesta—. ¿Damiano? —pregunté, pero tampoco respondió y comencé a preocuparme, con el corazón latiendo pesadamente avancé por el pasillo.

Entonces noté movimiento fuera, me dirigí hacia la terraza donde vi a Damiano y a su abuela sentados en un pequeño banco de madera. Estaba de espaldas a ellos para que no pudieran verme ni notar mi presencia.

Estaba a punto de abrir la boca para decirles que se sentaran a la mesa, pero la anciana se me adelantó dirigiéndose a su nieto.

—Lo digo en serio, bambino, no es bueno guardar muchos secretos. Será mejor que se lo digas tú mismo y que sea lo que Dios quiera…

—Nonna, no lo entiendes. La conozco, no está preparada para afrontar algo así… Además, las cosas están mejorando entre nosotros, no quiero que eso lo arruine —respondió Damiano con una voz anormalmente suave.

—Entonces te equivocas al pensar que la única manera de mantenerla cerca de ti es ocultarle la verdad —dijo Adelina con una sonrisa triste pero comprensiva

—¿Qué se supone que debo hacer? ¿eh? ¿He de decirle que toda su puta vida se basa en una mentira? —cuestiona y puedo notar por su voz que eso le molesta—. Nonna, esta chica es diferente, es como una flor y solo con oler su perfume podría marchitarse, así que imagínate si se entera de la verdad... No puedo perderla.

—Pues lo harás si no eres sincero con ella… A veces puede lastimarnos más una mentira que una verdad.

—No es fácil, nonna… ojalá pudiera pararme delante de Susan y decirle toda la verdad, pero sé que saldrá lastimada y no quiero eso… Ella y tú son las únicas personas en todo este puto mundo que me hace querer seguir adelante y no rendirme. Susan mantiene mis demonios a raya. Su sola presencia me hace sentir mejor. Y la conozco lo suficiente como para decirte que no podría vivir con la verdad más de lo que yo podría vivir sin ella.

—Entonces haz lo que creas que es mejor, mi niño. Pero recuerda que es su vida y no la tuya. Ella merece saberlo —dijo Adelina después de un largo silencio

No sabía cómo interpretar lo que acababa de escuchar y comencé a ver todo borroso. Las cosas a mi alrededor parecían moverse y el suelo bajo mis pies ya no era tan estable. No entendía nada.

¿De qué estaban hablando? ¿Era yo tan importante para Damiano? Pero si realmente me amaba, ¿por qué me ocultaba cosas? ¿De qué secretos hablaban?

Respiré profundamente y traté de mantener la calma. Me dejé caer en la silla y traté en vano de encontrar soluciones a los problemas a los que me enfrentaba. Pero todo lo que tenía eran preguntas.

Tenía que saber de qué estaban hablando y debía hacerlo en este momento o no estaría en paz. Damiano entró y una expresión de sorpresa y preocupación apareció en su rostro. Corrió hacia mí y se arrodilló a mi lado.

—Susan, ¿qué pasa? —preguntó en tono preocupado

Suspiré mientras un pesado silencio se cernía sobre nosotros, y entonces por fin me armé de valor para decir unas palabras.

—Empieza por decirme de qué estabas hablando. Quiero saberlo todo —exigí, mirándolo a los ojos.

Damiano y su abuela me miraron sorprendidos, la tensión entre los dos era evidente, Adelina hizo un pequeño asentimiento, animando a su nieto a que me contara todo eso que me estaba escondiendo.

Vi como un músculo en la mandíbula de Damiano se tensaba, revelando que no estaba contento con verse descubierto, pero finalmente suspiró.

—Tendrás todas tus respuestas mañana. En la gala que organiza la familia Basaglia —dijo con voz ronca, como si tuviera un nudo en la garganta.

Capítulo 22 - La hija de Dios

Hacía ya dos horas que Damiano y yo habíamos llegado al baile de la familia Basaglia, todo resplandecía en el gran salón que estaba decorado con buen gusto, mientras los asistentes derrochaban elegancia. La música era amena y permitía la conversación, algunas personas ocupaban la pista de baile y otras se paseaban saludando a los conocidos con los que se topaban.

Por mi parte, todavía no había podido hablar con Alfredo, pero me di cuenta de que me había estado mirando toda la noche, como si estuviera estudiando mis reacciones. Su mirada penetrante me incomodaba, sobre todo porque cuando se encontraba con la mía no la apartaba; por el contrario, se quedaba viéndolo como si quisiera que me acercara a él, pero aún no me sentía lista.

Me obligué a permanecer impasible y miré brevemente a la gente de la fiesta, saludé a algunos que había visto en la gala de la otra noche, incluso creo que reconocí a Alexander, el primo de Damiano. Espero que no me haya visto, no estoy de humor para jugar a su juego esta noche; será mejor mantenerme alejada porque los hombres de la familia Materazzi tienen el don de ser extremadamente atractivos y terriblemente frustrantes.

Cada vez hacía más calor en el interior, así que decidí salir para tomar un poco de aire fresco, pero al darme la vuelta choqué con el poderoso pecho de un hombre. De inmediato su perfume me envolvió alterando mis sentidos y acelerando el ritmo de mi corazón.

—Ten cuidado, bella —dijo Damiano.

—Disculpa, no estaba prestando atención por donde iba —respondí, apenada.

No dijo nada por un momento y solo se quedó observándose, su intensa mirada comenzaba a ponerme nerviosa, así que decidí alejarme, pero antes de que pudiera hacerlo, él me tendió la mano. Le miré confundida y me quedé sin hacer nada, solo mirando la palma de su mano que me ofrecía.

—¿Me permite este baile, señorita? —preguntó con una sonrisa encantadora.

—No sé bailar... —dije tímidamente.

—No es nada.

—Damiano… en verdad, no sé bailar —dije negándome.

—Solo tienes que seguir mis pasos —respondió mientras me tomaba de la mano.

Llevó hasta la pista de baile y pude ver que varias miradas se posaban sobre nosotros, eso solo me puso más tensa porque odiaba ser el centro de atención.

—Relájate, Susan… parecemos una estatua.

—Te odio —dije, pero una sonrisa era claramente visible en mi cara.

—El sentimiento es mutuo —respondió, guiñándome un ojo de manera sexy.

Bailamos durante unos minutos. Al principio, Damiano me pidió que pusiera mis pies sobre los suyos para que pudiera aprender algunos pasos de baile. Y cuando me sentí más cómodo y se me pegó el ritmo, empecé a bailar como cuando tenía seis años y mi madre ponía música mientras cocinaba. Sonreí ante este tierno recuerdo.

Entonces, una música más suave comenzó a resonar en la gran sala. Apoyé mi cabeza en el hombro de Damiano y rodeé su cuello con mis manos, acariciando tiernamente su cuello de vez en cuando. Sus manos estaban en mi cintura, su olor se pegaba a mi piel, borrando suavemente la molestia que sentía porque se había negado a decirle lo que escondía.

Lentamente comencé a sentir que su cuerpo era casi parte del mío, no de una sexual, evidentemente, sino espiritual, estábamos tan unidos que fue como si me convirtiera en él y él se convirtiera en mí, desaparecíamos para que pudiéramos mezclarnos y convertirnos en uno.

Y esa fue la forma más hermosa de perdernos mientras nos mirábamos a los ojos, ninguno de los dos abrió la boca. Solo nos miramos, amándonos y de pronto todo fue perfecto como lo había sido en los últimos días, pero entonces la música dejó de sonar y el velo se desprendió, poniendo fin al intenso momento.

—Voy a ir a refrescarme. Te veré más tarde —dije rápidamente, dirigiéndome al baño.

El baño estaba vacío. Me miré en el espejo. Tenía el pelo enmarañado por la humedad que se sentía en el salón, a pesar de los esfuerzos por los anfitriones por mantenerlos fresco, el verano estaba instalado y no era fácil de ignorar. Mi maquillaje empezaba a correr y mis pupilas estaban dilatadas. ¡Vaya, qué belleza! Intenté arreglar mi aspecto para estar un poco más presentable.

Salí y mientras caminaba por el largo pasillo que llevaba al salón, para reunirme con Damiano, una voz ronca irrumpió detrás de mí, provocándome una sensación extraña, como si fuese familiar.

—Te gusta mucho, ¿verdad? —preguntó el desconocido, con marcado interés.

Me giré y vi a Alfredo Basaglia, de pie frente a mí con una sonrisa en la cara y un cigarro en la mano. Me observaba con la misma intensidad de minutos atrás.

—¿Perdón? —pregunto con desconcierto.

—Damiano Materazzi. Te debe gustar mucho por la forma en que lo miras —aclaró y le dio una calada a su cigarrillo.

—Eso no es de su incumbencia —dije secamente

—Oh, sí, lo es... —dijo, acercándose suavemente a mí.

No me atreví a retroceder, estaba congelada. Entonces me acarició la mejilla con el dorso de la mano y en ese momento me di cuenta de que nuestros ojos tenían exactamente el mismo tono de azul. Sonrió al ver que había notado ese detalle, me alejé de su mano porque su contacto de cierta manera me incomodaba.

—¿Qué quiere? —pregunté con voz vacilante.

No respondió. Siguió mirándome fijamente desde sus dos cuencas azules, escudriñando cada parte de mi cuerpo, prestando atención a cada detalle. Solo le había visto dos veces, pero los rasgos de su cara me resultaban muy familiares. Como si nos hubiéramos conocido alguna vez, en una vida anterior tal vez, en un mundo paralelo tan diferente a este… ¿Quién lo sabe?

—Te pareces tanto a tu madre —respiró mientras me acariciaba la mejilla.

—¿Conociste a mi madre? —tartamudeé.

—Hay muchas cosas que no sabes, Hedone.

—No me llamo Hedone. Te has equivocado de persona —dije repentinamente preocupado.

—No, no, no me he equivocado de persona. Tu madre te llamó así porque Hedone era la hija de Eros, Dios del amor, también conocido como Cupido. Dakota siempre fue una romántica perdida, también le gustaba la mitología griega y romana, de ahí el origen de tu nombre —contestó él, con una sonrisa dibujada en la cara

—¿Cómo es posible que sepas todo eso? —cuestioné, retrocediendo.

No dijo nada. Como si buscara una forma delicada de decir lo que piensa. Finalmente suspiró.

—Porque eres mi hija, Susan Hedone Basaglia.